



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: SER ARGENTINO : SER NACIONAL Y POPULAR. Aproximaciones a un análisis laclauniano del discurso kirchnerista

Autores (en el caso de tesis y directores):

MERCEDES MILES

CRISTINA MICIELI, tutora

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2014

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





**Carrera de Ciencias de la Comunicación
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires**

**Grupo de Investigación en Comunicación:
“Populismo: Recorridos teóricos y experiencias en Latinoamérica”**

Tesina de grado

**SER ARGENTINO: SER NACIONAL Y POPULAR
Aproximaciones a un análisis laclauniano del
discurso kirchnerista**

Tutor: Dra. Cristina Micieli

Alumna: Mercedes Miles

DNI: 28.907.293

Junio de 2014

Índice

- **Capítulo 1:**
 - Introducción
 - Objetivo general
 - Objetivos específicos
 - Preguntas orientadoras
 - Metodología
 - Universo de Análisis
- **Capítulo 2:**
 - Marco Teórico
- **Capítulo 3:**
 - ¡Perón, Perón, qué grande sos!
- **Capítulo 4:**
 - 4.1. Del “¡Que se vayan todos!” al kirchnerismo
 - 4.2. Si éste no es el pueblo, el pueblo donde está
 - 4.3. Escuchamos al Pueblo, escuchamos sus demandas
 - 4.4. K y anti-K, Justicia o impunidad
- **Capítulo 5:**
 - Conclusiones
- **Bibliografía**

Capítulo 1

Introducción

“Afirmar que lo político consiste en un juego indecible entre lo ‘vacío’ y lo ‘flotante’ equivale, entonces, a decir que la operación política por excelencia va a ser siempre la construcción de un ‘pueblo’”

Ernesto Laclau

En el 2001 se desarrolla una de las crisis más profundas en la Argentina. Las manifestaciones se producían con la consigna “que se vayan todos”. Los aparatos institucionales habían perdido toda su legitimidad, y ante los reiterados cacerolazos y la concentración en la Plaza de Mayo que no acató el estado de sitio, la represión fue la única acción que encontró el gobierno para poner cierto orden social, que terminó en los trágicos hechos del 20 y 21 de diciembre. Como consecuencia de esto, termina renunciando a la presidencia Fernando de la Rúa, dejando al país en una gran inestabilidad política, institucional y social. Luego de la renuncia se sucedieron en menos de una semana cinco presidentes provisorios, hasta el llamado de elecciones por parte de Eduardo Duhalde en mayo de 2003.

Ante este panorama político-social asume Néstor Kirchner con el 22 % de los votos totales, siendo precedido por Carlos Menem que renunció a la candidatura ante el inminente ballotage. Pero lo interesante de ese gobierno que asumió en una Argentina en números rojos, es cómo a los pocos meses de asumir el cargo de presidente, Néstor Kirchner ya gozaba de una popularidad inesperada para varios sectores y logró terminar su mandato con un apoyo tal que en las siguientes elecciones presidenciales ganó con una amplia diferencia su esposa, Cristina Fernández de Kirchner. Ante esto se suscitaron una serie de preguntas: ¿qué hizo su gobierno para recibir tanto apoyo?, ¿qué acciones realizó para revertir la situación social de reclamos y cómo logró tener legitimidad ante una situación de descreimiento general de la sociedad? Para intentar responder a estos interrogantes se ha relacionado el caso de Kirchner con lo ocurrido con Juan Domingo Perón. Éste asumió un gobierno después de la famosa Década Infame, que dejó al país en una situación similar, salvando las situaciones históricas, y se transformó en un

gobierno fuerte creando el movimiento justicialista (o también llamado peronista) que tiene vigencia en la actualidad, y es el partido político (a pesar de las distintas corrientes que se formaron en el interior del mismo) con más seguidores en la Argentina.

Buscando semejanzas entre ambos gobiernos, lo que más me llamó la atención fue que para calificar a ambas presidencias el término “populista” aparece repetidamente. Entonces tal vez ahí está la cuestión del “éxito” en cuanto al apoyo popular que obtuvieron ambos presidentes. Pero, ¿qué se entiende por populismo? ¿Qué significa ser un gobierno populista? ¿Ésta es la razón por la cual Kirchner obtuvo tanta legitimidad social? Para poder realizar un análisis al respecto fue necesario, en primera instancia, definir qué es el populismo. Es por esta cuestión que la presente tesis se apoya en los trabajos de Ernesto Laclau sobre el populismo.

Si bien he dicho que el gobierno de Kirchner se lo relaciona con el de Perón, hacer una lectura sobre qué es lo que ocurrió con Perón no es lo que concierne a esta tesis. Perón servirá como antecedente histórico, no sólo por haber sido un gobierno populista según nuestro marco teórico, sino también porque Kirchner era militante peronista y gran parte de sus acciones políticas tienen base y aluden constantemente a las categorías que Perón puso en juego, como ser, el nacionalismo y la justicia social, entre otros.

Como punto de partida, este análisis tomó al discurso como una forma de construir lo social, que no existe ni está determinado de antemano. Partiendo del análisis de Ernesto Laclau donde el populismo no está definido ni por una clase en particular ni por un momento histórico, sino por la forma en que se constituye la unidad del grupo, lo discursivo adopta un rol fundamental. Esta unidad se logra a través de una articulación equivalencial de demandas populares que hace posible el surgimiento del “pueblo” dentro de un sistema de significación; en otras palabras, una determinada diferencia particular asume la representación de una totalidad dándole así una identidad popular. Este “pueblo” no constituye una expresión ideológica, sino una relación real entre agentes sociales. En palabras de Laclau, *“el populismo es, simplemente, un modo de construir lo político”* (Laclau, 2005:11).

Objetivo general

Con este trabajo me propuse desentrañar las formas de construcción política de este actor social –el pueblo- a través de los discursos del gobierno kirchnerista, que bajo la óptica laclauniana sería populista. La elección del gobierno de Néstor Kirchner para el presente análisis tuvo por objetivo, además de los expuestos anteriormente, ver su rearticulación con el discurso peronista. Perón es el ícono populista en la Argentina, ya que con su gobierno y estructura justicialista marcó un nuevo modo de hacer política. La intención fue observar la rearticulación del discurso peronista en Kirchner, dentro de una coyuntura histórica distinta como fue en el 2003, y analizar qué elementos incorporó para evocar al mismo movimiento. El trabajo relaciona las “marcas” del peronismo (en tanto populismo) que subyacen en el kirchnerismo.

Objetivos específicos

Para hacer más acotado este trabajo, me aboqué a analizar cuál fue la construcción kirchnerista de “pueblo”. Es por ello que el corpus del trabajo estará constituido particular y más profundamente por el discurso pronunciado por Néstor Kirchner ante la Asamblea Legislativa el 25 de Mayo de 2003 con motivo de la asunción como Presidente de la Nación, las significaciones que están en juego en su discursividad, y cómo se constituye “lo social” a partir de este momento clave, lo cual no implica que no tomemos otros discursos para nuestro análisis.

Preguntas orientadoras

El análisis se llevó a cabo en torno a ciertos interrogantes, tales como: ¿Cuál fue la construcción política del “Pueblo” para Kirchner? ¿Quiénes conformaron el “Pueblo” y qué características tenían? ¿Cuáles son las demandas populares que Kirchner reconoció? ¿Hay similitudes entre Perón y Kirchner en su interacción con ese “Pueblo”? ¿El “Pueblo” se construyó de la misma manera, con los mismos significantes? ¿La conformación de ese “Pueblo” le dio el apoyo social que Néstor Kirchner necesitaba?

Pero además, una de las preguntas centrales giró en torno a los elementos de la dimensión significativa del fenómeno peronista rearticulados en los discursos de Kirchner. Tal fenómeno implica estudiar si se añadieron nuevos elementos para responder a la coyuntura histórica y por qué prácticas tan distantes en el tiempo histórico terminan evocando un mismo movimiento justicialista.

Metodología

El trabajo fue de corte cualitativo, centrado en el análisis laclauniano del discurso. Asimismo se recurrió a datos secundarios (información institucional; diarios, etc.) y su análisis se desplegó en la siguiente forma:

- Primera etapa: Revisión bibliográfica y discusión del marco conceptual. Se procedió a efectuar el relevamiento bibliográfico y documental y el ajuste del marco conceptual para analizar y contextualizar el tema de estudio.
- Segunda etapa: Relevamiento y procesamiento de la información. Las fuentes principales de consulta fueron el primer discurso de Kirchner ante la Asamblea Legislativa y los pronunciados en otros actos realizados por el presidente.
- Tercera etapa: A partir de la revisión bibliográfica, la discusión del marco conceptual y el análisis discursivo, se elaboraron las conclusiones de la investigación.

Universo de análisis

Si bien se hizo referencia a la conformación del peronismo y a los gobiernos del '46 y del '52, el foco central de la investigación tomó como recorte histórico la presidencia de Néstor Kirchner de 2003 al 2007, centrándonos particular y profundamente en el análisis de su discurso de asunción a la presidencia. Para realizar dicho recorte, también se tuvo en cuenta los años previos a su asunción, es decir, desde la renuncia de Fernando de la Rúa en 2001, provocada por la crisis, hasta el anuncio del llamado a elecciones en 2003 que lo llevará al gobierno.

Capítulo 2

Marco teórico

"No existe costumbre social alguna fuera de lo semiótico"

Stuart Hall

Esta tesina, reiteramos, tuvo como base teórica los trabajos desarrollados por Ernesto Laclau sobre el populismo. Más allá de aquellas críticas que se le han hecho y que considere pertinentes para el análisis, la elección de este autor obedece a su concepción teórica acerca de la construcción social y política de la sociedad, y las herramientas conceptuales utilizables para la comprensión de lo que sucede en ella.

Si bien el objeto de estudio son los discursos de Néstor Kirchner, es a través de éstos que se intenta desentrañar un sistema de significaciones (donde están presentes las lógicas de la diferencia y de la equivalencia, explicadas más adelante) en permanente disputa para la construcción de lo social. Este autor teoriza sobre ese entramado donde se da la lucha ideológica, la cual se materializa discursivamente.

Partiendo del supuesto que Kirchner fue un gobernante "populista", dimos por sentadas ciertas cuestiones que en el desarrollo de este trabajo confirmaremos, que hacen a la existencia del populismo según Laclau. A continuación puntualizo la definición de populismo que tomo para este análisis, diferenciándola de otras que circulan en el ámbito académico.

Obviando un desarrollo extenso sobre la transformación histórica de las distintas acepciones del término populismo, que no conciernen a esta tesina, sólo haré una breve exposición de aquellas más comunes y que más circulación tuvieron y tienen hoy en día.

La palabra populismo es quizás el término de la política que mayor cantidad de acepciones peyorativas tiene en su haber. En efecto, se lo ha utilizado y se lo sigue utilizando para desacreditar a una persona, gobierno o grupo político, pareciendo, entonces, que el populismo *"solo puede evocar algo ominoso: remite a lo chabacano, lo*

estéticamente feo, lo moralmente malo, a la falta de cultura cívica, la demagogia, la falta de respeto por las instituciones, etc.”. (Biglieri y Perelló, 2007: 15).

También ha sufrido lecturas reduccionistas, como por ejemplo la de Torcuato Di Tella que toma al populismo como *“un movimiento político que disfruta del apoyo de las masas de clase obrera urbana y/o del campesinado, pero que no resulta del poder organizativo autónomo de ninguno de estos sectores”* (Laclau, 1980:175). Aquí el populismo es aceptado simplemente como un grupo político que tiene apoyo de las nuevas clases trabajadoras, los migrantes rural-urbanos recientes, vaciándolo de cualquier aspecto organizativo y autónomo, enfatizando sólo uno de sus rasgos característicos, esto es, el apoyo de las clases trabajadoras.

Este tipo de lecturas reduccionistas comenzaron a ser cuestionadas por nuevas interpretaciones que pensaron al populismo como el producto de un contexto histórico particular. Es decir, el populismo es un fenómeno circunscripto a cierto periodo histórico específico. Pero si aceptamos esta interpretación, el término populismo dejaría de tener características propias ya que no se podría realizar una analogía entre periodos históricos particulares donde se desarrollaron distintos gobiernos populistas.

En otras palabras, el reduccionismo del populismo a algunos de sus variados aspectos es muy frecuente. El más “aceptado” y más usado en la actualidad en los medios de comunicación para caracterizar a los movimientos políticos dejando de lado muchas otras cuestiones, es el que se refiere a la personalización del liderazgo político. Es decir, el populismo fue criticado (y aún sigue siéndolo) ya que sería el producto de la demagogia de dirigentes carismáticos que conquistan a las masas con promesas, movilizándolas detrás de objetivos ocultos (Vilas, 2003). Esta posición se relaciona con la definición del populismo de Kurt Weyland como *“estrategia política a través de la cual un líder personalista procura o ejerce el poder gubernamental basado en el respaldo directo, inmediato y no institucionalizado de un amplio número de seguidores desorganizados”* (Aboy Carles, 2003). Esta noción suele aplicarse en los estudios históricos concernientes al Peronismo de los años ‘40.

En su libro *La razón populista*, Laclau resume en dos los presupuestos peyorativos del término populismo: *“que el populismo es vago e indeterminado tanto en el público al*

que se dirige y en su discurso, como en sus postulados políticos (...) el populismo es mera retórica" (Laclau, 2005:91). Ante estas posturas, Laclau advierte sobre la emergencia de los populismos, en el sentido de que la experiencia populista es irreductible, y su característica es no poseer ninguna unidad referencial dado que no se lo puede atribuir a un fenómeno delimitable, sea un grupo político, líder carismático o contexto histórico particular. Como enuncié en la Introducción, para Laclau el populismo es un modo de construir lo político. El populismo es ante todo un estilo de discurso político: *"la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético antagónico respecto de la ideología dominante"* (Laclau, 1978:201).

Al introducir la noción de discurso para comprender el fenómeno populista, subvierte la pregunta de base: ¿qué es el populismo?, por otra diferente, ¿qué realidad social y política refiere el populismo? Hay un cambio en el estudio del populismo, ya que no se buscarán características delimitables sino las significaciones que están en juego; a ello se refiere la pregunta por la realidad social y política del populismo. Así, su teoría introduce conceptos claves como discurso y hegemonía, entre otros, para dar cuenta del surgimiento del populismo.

El principal argumento de Laclau, entonces, fue plantear que el populismo no tenía una especificidad de clase sino que dependía de una lógica de articulación. Ya no importa el quién sino el cómo. Sin dejar de lado lo ideológico, con esta nueva concepción este autor realizó una distinción entre "forma" y "contenido". En efecto, Laclau busca comprender la constitución del fenómeno populista no tanto por la vía de los contenidos, sino más bien por la forma en la que éstos se articulan discursivamente.

Entonces, para entender el fenómeno populista como lo presenta Laclau, hay que comprender lo social como un espacio discursivo, con lo cual la concepción de la sociedad respondería a un modelo retórico, sin ser lo retórico un mero adorno del lenguaje. *"La ideología sólo puede considerarse como diferente de la retórica involucrada en la acción política si la retórica es entendida como un puro adorno del lenguaje, que no afecta en modo alguno a los contenidos transmitidos por éste"* (Laclau, 2005:25). Los mecanismos retóricos, en definitiva, serán los que constituyen la anatomía social.

Introduciendo la noción de retórica y de discurso como constitutivos de lo social, Laclau se apoya en la teoría de Saussure sobre el lenguaje, según la cual en el lenguaje no existen términos positivos, sino sólo diferencias. Para Saussure el lenguaje se organiza en torno a dos polos, el paradigmático (al cual Saussure denominó asociativo) y el sintagmático; *“esto quiere decir que las tendencias asociativas subvierten sistemáticamente la posibilidad misma de un significado puramente denotativo”* (Laclau, 2005:41). En otras palabras, el lenguaje es relacional, no hay un significado puro *per se*, sino que es en la relación donde surge la significación.

Si entendemos que dentro del lenguaje las significaciones se producen a nivel relacional, habrá que observar qué sucede con esas significaciones en la sociedad. Yendo un poco más lejos, podemos decir que, según Voloshinov (1976), en las palabras se ponen en funcionamiento los innumerables hilos ideológicos que traspasan todas las zonas de comunicación social. Es en y a través de ellas donde se desarrolla el entramado de significaciones sociales por el cual nos movemos y nos identificamos constantemente. Estas cadenas significantes están construidas a partir de representaciones que están estrechamente vinculadas con lo ideológico. Es decir, no hay significación sin intencionalidad.

¿Pero qué lugar ocupa el lenguaje en lo social, o mejor dicho, que importancia tiene lo discursivo en la sociedad? Ernesto Laclau reivindica el papel que juegan los entramados discursivos en la constitución de los diversos fenómenos. En este sentido, toda configuración social es una configuración significativa. *“El discurso constituye el terreno primario de constitución de la objetividad como tal. Por discurso entendemos un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él”* (Laclau, 2005:92). Podemos decir, siguiendo los trabajos de Laclau, que discurso es toda práctica articuladora de naturaleza lingüística o extralingüística que constituye y organiza relaciones sociales mediante configuraciones de sentido. *“Entendemos por articulación una práctica que establece una relación tal entre elementos que la identidad de los mismos resulta modificada como resultado de esa práctica”* (Laclau y Mouffe, 1987:119).

La noción de articulación discursiva remite a la constitución y organización de relaciones sociales mediante configuraciones de sentido. En esta conformación de lo social, en esta articulación, es donde entra en juego el concepto de hegemonía que Laclau toma de Gramsci. Este concepto cumple la función de explicar la constitución de toda relación social y, por tanto, de toda identidad.

La hegemonía es una noción que concibe a lo social como un espacio de negociación y lucha entre diferentes grupos sociales. Se puede entender a la hegemonía como una dominación simbólica y política, construida por una clase o sector social. Esta situación requiere de la construcción de consensos, que a su vez despierta resistencias, por eso ese orden construido necesita de una constante actualización de la legitimidad.

El concepto de hegemonía permite complejizar el modo de concebir cómo se construye un orden social, además de brindar una visión más dinámica de la sociedad y menos determinista. Para imponer un orden social legítimo se necesita una continuidad de las políticas impuestas por esa clase o fracción social que se hace hegemónica. Para que esto ocurra, es necesario que esas políticas sean vistas como naturales y comunes para el conjunto social, de lo contrario, no logran legitimidad (Wiszniacki, 2004). La lucha por la constitución de un orden social hegemónico se da a nivel de las significaciones, lugar donde obtiene legitimidad una construcción política. Siguiendo a Voloshinov, afirmamos que “*el signo es la arena de la lucha de clases*” (Voloshinov, 1976:49). Según este autor, la superficie del discurso es el ámbito donde se expresa la lucha ideológica, puesto que el discurso es el territorio donde las operaciones ideológicas se realizan.

Es por ello que, como explican Verón y Sigal en su texto *Perón o muerte*, estudiar la producción discursiva asociada a un campo determinado de relaciones sociales, implica describir los mecanismos significantes sin cuya identificación la conceptualización de la acción social sería incomprensible.

Siguiendo a estos autores, un líder político no es jamás un personaje cristalizado, como si se tratara de una imagen estática que, poseedora de un poder carismático, concentraría la fascinación y la creencia de las masas. Abordar el problema del liderazgo político desde el punto de vista de la enunciación, permite comprender que un líder no es otra cosa que un operador, extremadamente complejo, por el que pasan los mecanismos

de construcción de una serie de relaciones fundamentales: del enunciador con sus destinatarios, del enunciador con las entidades imaginarias que configuran el espacio propio al discurso político (Sigal y Veron, 2004).

En las identidades populares son aplicables los mismos mecanismos sustitutivos y equivalenciales que valen para el lenguaje, puesto que la discursividad es, para Laclau, el paradigma que muestra los mecanismos por los cuales se constituye todo el objeto social (Molina y Grosser, 2008). Al valorar el discurso como ámbito relacional, la construcción de identidad se encuentra tensionada entre la lógica de la diferencia y la de la equivalencia.

Hemos visto que para que haya significación, según Saussure, hay significado a través de la diferencia; es decir, si tenemos un conjunto puramente diferencial, la totalidad debe estar presente en cada acto individual de significación; por lo tanto, la totalidad es la condición de la significación como tal. Pero para comprender conceptualmente esa totalidad, debemos diferenciar sus límites, es decir, debemos distinguirla de algo diferente de sí misma. La única posibilidad de tener un exterior sería el resultado de una exclusión, de algo que la totalidad expelle de sí misma a fin de constituirse como distinta de ella. Entonces esa totalidad diferenciada es equivalente respecto de esa exterioridad que los identifica como grupo. Pero aquí la equivalencia es lo que subvierte la diferencia, los elementos de esa totalidad son equivalentes entre sí porque son “equivalentemente” diferentes de otra cosa. De esta manera, toda identidad es construida dentro de esa tensión entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. Lo que tenemos, en última instancia, es una totalidad fallida, una plenitud inalcanzable. *“La totalidad constituye un objeto que a la vez es imposible y necesario. Imposible porque la tensión entre equivalencia y diferencia es, en última instancia, insuperable; necesario porque sin algún tipo de cierre, por más precario que fuera, no habría ninguna significación ni identidad”* (Laclau, 2005:95).

Para que haya totalidad, una parte se asume por el todo, ya que una relación equivalencial entre esas partes permite un cierre, dando lugar a la significación. Hegemonía es esta operación por la que una particularidad asume una significación universal. La identidad hegemónica es del orden del significante vacío, término que Laclau retoma de Lacan, en la medida en que transforma su propia particularidad encarnando una totalidad inalcanzable. *“Una relación hegemónica es aquella en la cual una*

determinada particularidad significa una universalidad inalcanzable. Gramsci formuló su argumento político en términos similares: *cuál fuerza social se va a convertir en la representación hegemónica de la sociedad como un todo es el resultado de una lucha contingente; pero una vez que una fuerza social particular pasa a ser hegemónica, permanecerá como tal por todo un periodo histórico*” (Laclau, 2005:148). Hegemonizar significa llenar ese vacío. En determinados contextos políticos, es el término que pasa a ser el significante de esa falta, a partir del cuál se dará la lucha de los significantes sociales.

La articulación hegemónica se da a partir de los “significantes vacíos”, puntos nodales o discursivos de fijación del sentido (los *points de capiton* en la terminología lacaniana) sobre los que se estructura la cadena equivalencial de demandas populares. En el discurso, en consecuencia, se constituye un *“intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de diferencias”* (Laclau y Mouffe, 1987:152). En la lucha ideológica, bajo esta perspectiva, está en juego cuál de los puntos nodales, o *points de capiton*, totalizará las cadenas de equivalencias de los significantes flotantes. El populismo supone, así, la división del escenario social en dos campos, a través de los significantes privilegiados que *“condensan en torno de sí mismos la significación de todo un campo antagónico (el ‘régimen’, la ‘oligarquía’, los ‘grupos dominantes’, etcétera, para el enemigo; el ‘pueblo’, la ‘nación’, la ‘mayoría silenciosa’, etcétera, para los oprimidos – cuáles de estos significados van a adquirir ese rol articulador va a depender, obviamente, de una historia contextual)”* (Laclau, 2005:114).

Mientras que el significante vacío condensa una única cadena equivalencial, el significante “flotante” implica, por el contrario, la movilidad de dicha línea divisoria y la tensión entre dos cadenas de equivalencias que disputan su sentido. Es decir que las cadenas equivalenciales están ligadas a significantes flotantes que implican el desplazamiento de las fronteras internas dentro de una heterogeneidad constitutiva. Por ello, una totalidad discursiva nunca existe bajo la forma de una positividad simplemente dada y delimitada. Laclau y Mouffe (1987) señalan que *“ni la fijación absoluta ni la no fijación absoluta”* son posibles. *“No es la pobreza de significados, si no, al contrario, la polisemia, la que desarticula una estructura discursiva (...) La sociedad no consigue nunca ser idéntica a sí misma, porque todo punto nodal se constituye en el interior de una intertextualidad que lo desborda. La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la*

construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido" (Laclau y Mouffe, 1987:154).

Para comprender mejor los conceptos de "punto nodal" o "significante vacío", Žizek (2003) sostiene que éstos no reflejan la palabra más "rica" de sentido, sino que se trata de la palabra que como tal unifica un campo determinado, en el nivel del significante mismo. Es la palabra a la cual las "cosas" mismas se refieren para reconocerse a sí mismas. El punto nodal lleva a cabo una operación de "acolchonamiento" -de allí el nombre dado por Lacan de *points de capiton*, en alusión a algunos estilos de sofás- produciendo una fijación de sentido al detener un cúmulo de significantes flotantes. *"El 'acolchonamiento' realiza la totalización mediante la cual esta libre flotación de elementos ideológicos se detiene, se fija, es decir, mediante la cual estos elementos se convierten en partes de una red estructurada de significado"* (Žizek, 2003:125).

Así, el populismo es una articulación hegemónica: *"Una relación hegemónica articula a las diferencias a partir de que un elemento (significante vacío) se impone como representación de la totalidad y plasma cierta configuración que no es mas que un orden suturado, porque la sutura nos indica la imposibilidad de fijación del orden como una totalidad coherentemente unificada"* (Biglieri y Perelló, 2007:38). Según Laclau, entonces, hay dos formas de construcción de lo social: o bien mediante la afirmación de la particularidad, cuyos únicos lazos con otras particularidades son de una naturaleza diferencial, o bien mediante una claudicación parcial de la particularidad, destacando lo que todas las particularidades tienen, equivalentemente, en común. A la primera manera de construcción de lo social se la denomina lógica de la diferencia, y a la segunda, lógica de la equivalencia.

Si el populismo es una forma de construcción política, éste es una forma de constituir la propia unidad del grupo. El "pueblo" es para Laclau la forma específica de constitución de una identidad populista. Por su parte, las demandas son unidades de análisis constitutivas de ese grupo.

"La demanda, en principio, supone un campo complejo de articulación en el que la formulación de una demanda no sería un dato inicial, obvio y evidente, sino que se inscribe de manera relacional. Si hay una demanda, en cuanto tal, ésta siempre está

dirigida hacia alguien o algo" (Biglieri y Perelló, 2007:40). En la demanda se articula una serie de significantes, nombra algo que hasta ese momento no se escuchaba, algo que permanecía en silencio. *"El discurso es una articulación de significantes que tiene sentido para alguien, y en ese acto hay una productividad que hace sujeto. La demanda es por tanto una superficie de inscripción de lo social, que viene a poner en juego lo que es dado esperar, lo que es dado exigir en una comunidad, y también quien es el sujeto de ese deseo, de esa esperanza"* (Biglieri y Perelló, 2007:108). Pero Laclau diferencia una demanda de las otras, la cual satisfecha o no, permanece aislada; ésta es la demanda democrática. La pluralidad de demandas que, por medio de su articulación equivalencial, constituye una subjetividad social más amplia, son las demandas populares, a través de las cuales comienza a constituirse el "pueblo" como actor histórico potencial.

La unidad del grupo está dada, en consecuencia, por la articulación entre las demandas, las cadenas equivalenciales y diferenciales vinculadas a un "significante vacío", que forman una totalidad, que no obstante estar construidas por elementos heterogéneos, se estructuran dinámicamente a partir de la nominación. A través de esta nominación, una parte significativa asume la representación de una totalidad imposible. *"La necesidad de constituir un "pueblo" sólo surge cuando esa plenitud no es alcanzada y objetos parciales dentro de la sociedad son investidos de tal manera que se convierten en los nombres de su ausencia"* (Laclau, 2005:149).

Si el pueblo es una articulación de demandas insatisfechas, éste aparece como una totalidad antagónica frente al sistema vigente. *"Porque el pueblo del populismo es una construcción que genera una división dicotómica de la sociedad. Esto es un "nosotros" (el pueblo) y un "ellos" (los enemigos del pueblo)"* (Biglieri y Perelló, 2007:41). El "enemigo" funciona como principio de sutura parcial, pues es el elemento excluido que esa totalidad necesita para lograr la identidad. Como ya dijimos, hay populismo cuando una parte se identifica con el todo, y el "pueblo", en este caso, siendo algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad, es un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebido como la única totalidad legítima (Laclau, 2005).

La unidad del objeto pueblo es un efecto retroactivo del acto de nombrarlo. La condición social de dicha nominación, es que existe el pueblo en la medida en que ese nombre se vacía de contenido y se convierte en centralizador de demandas que

establecen entre sí una relación equivalencial. La absorción diferenciada de demandas democráticas es la forma de construcción de lo social, denominada por Laclau como lógica de la diferencia. Y el pueblo es el producto de la lógica de la equivalencia, en la medida en que queda establecido cuando la unificación de esta diversidad de demandas deviene en un sistema estable de significación. De este modo, populismo no designa un contenido social, sino una forma específica de articulación de demandas.

Por último, el populismo requiere de la división dicotómica de la sociedad en dos campos –uno de los cuales se presenta a sí mismo como una parte que reclama ser el todo-; o sea que esta dicotomía implica la división antagónica del campo social, en el que el campo popular presupone, como condición de su constitución, la construcción de una identidad global a partir de la equivalencia de una pluralidad de demandas (Laclau, 2005).

Tres operaciones o precondiciones son fundamentales para la emergencia del populismo: 1) una articulación equivalencial de demandas insatisfechas que hace posible el surgimiento del “pueblo”; 2) la construcción de la identidad popular, del “pueblo”, como antagónica del poder; es decir, la división dicotómica de la sociedad en dos campos, y 3) la unificación de las diversas demandas en un sistema estable de significación.

“Al ser la construcción del pueblo el acto político par excellence los requerimientos sine qua non dentro de lo social y la convocatoria a nuevos sujetos de cambio social, lo cual implica, como sabemos, la producción de significantes vacíos con el fin de unificar en cadenas equivalenciales una multiplicidad de demandas heterogéneas. No existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista. Sin embargo, esto no significa que todos los proyectos políticos sean igualmente populistas; eso depende de la extensión de la cadena equivalencial que unifica las demandas sociales” (Laclau, 2005:195).

En síntesis, la categoría populismo que introduce Ernesto Laclau no es el sometimiento de un grupo indiferenciado por parte de un líder carismático, sino que se trata de la articulación de demandas sociales que a través de un proceso equivalencial permite la construcción de una identidad colectiva. No se trata de la manipulación del pueblo por parte del líder y su aparato, sino de comprender las condiciones sociales y discursivas que hacen posible la equivalencia política de las demandas particulares en la

construcción histórica del “pueblo”. *“La principal dificultad con las teorías clásicas de la representación política es que la mayoría de ellas concibió la voluntad del pueblo como algo constituido antes de la representación”* (Laclau, 2005:206).

Capítulo 3

¡Perón, Perón, qué grande sos!

“Estoy de acuerdo. Mañana es San Perón”

Juan Domingo Perón

Como anunciamos en la Introducción, realizar un análisis sobre Perón no es el punto central de este trabajo. En este apartado sólo se expondrán las características principales que tiene el discurso peronista, para que nos sirva como antecedente del populismo en términos laclaunianos. Para ello, debemos caracterizar esa época para comprender en qué contexto surgió el fenómeno peronista y cuál era la estructura social de entonces.

En la Argentina, desde sus inicios y antes de la crisis de 1930, la clase hegemónica era la oligarquía terrateniente. El principio articulador fundamental de su discurso ideológico era el liberalismo.

El liberalismo en sus comienzos, afirma Laclau en *Política e ideología en la teoría marxista*, no pudo absorber la ideología democrática de las masas e integrarla a su discurso. Durante este período, el liberalismo dimensionó el desarrollo económico y el progreso material como valores ideológicos. Además, tenía una mirada fuertemente “europeísta”, ya que fomentaba las formas de vida y los valores ideológicos europeos como representativos de la “civilización”. Frente a ello, hubo un rechazo radical de las tradiciones populares nacionales, consideradas sinónimos de atraso, oscurantismo y estancamiento (Laclau, 1978). Con esas características, no es extraño que el liberalismo argentino fuera una ideología consecuentemente antipersonalista. La emergencia de cualquier líder político nacional que estableciera contacto directo con las masas, prescindiendo de las políticas locales de base clientelista, fue mirada con desconfianza por el poder oligárquico (Laclau, 1978).

Frente a esto, era esperable que las ideologías populares presentaran los rasgos opuestos, expresando contenidos ideológicos antiliberales. En efecto, sus bases eran

principalmente nacionalistas y antieuropeístas, y defendían las tradiciones populares ante la expansión capitalista y extranjera. Éstas, además, fueron personalistas y se expresaron a través del apoyo a líderes populares que representaran una política anti-*statu quo* (Laclau, 1978).

Así, el populismo consistirá *“en reunir el conjunto de las interpelaciones que expresaban la oposición al bloque de poder oligárquico – democracia, industrialismo, nacionalismo, antiimperialismo-, condesarlas en un nuevo sujeto histórico y desarrollar su potencial antagonismo enfrentándolo con el punto mismo en el que el discurso oligárquico encontraba su principio de articulación: el liberalismo. Todo el esfuerzo ideológico peronista en esta etapa estará destinado a desligar al liberalismo de sus últimos vínculos con un campo connotativo democrático y a presentarlo como una pura y simple cobertura de intereses de clase de la oligarquía”* (Laclau, 1978:221).

Para entender la emergencia de Perón como líder político de las clases trabajadoras, es necesario exponer el contexto político, económico y social de esa época. Durante la Década Infame (1930-1943), tras los fracasos de los intentos de reorganización corporativa del Estado intentada por el general Uriburu, se consolidó la política conservadora impulsada por el general Justo. El fraude electoral impedía a la población expresar libremente sus derechos cívicos. El Estado asumió una actitud intervencionista frente a los problemas económicos y políticos. Siguiendo la tendencia mundial, el mercado por sí sólo era incapaz de poner en marcha el conjunto del sistema y debía ser reemplazado por el Estado para sostener un mínimo mercado de consumo, generando empleos y subsidiando a los sectores económicos clave. En el plano político, se produjo el quiebre del funcionamiento democrático por el golpe de septiembre de 1930 y la consecuente instauración del fraude electoral sistemático como mecanismo de control para el acceso al gobierno. En cuanto a la configuración social, en las ciudades aparecieron los sectores propios de la sociedad industrial: patrones y obreros. Los nuevos obreros provenían del campo expulsados por la desocupación rural y llegaban a las ciudades atraídos por la demanda de mano de obra producida por la industria sustitutiva. Estos sectores existían anteriormente, pero su trascendencia era muy limitada. Se fortalecieron durante el proceso de sustitución de importaciones, y poco a poco demandarían ser escuchados y no podrán dejar de ser tenidos en cuenta.

Como dijimos anteriormente, es una constante de los movimientos populistas el asumirse como la encarnación de una radical ruptura respecto del pasado, de allí el carácter fundacional del peronismo. Presentándose como antítesis de las políticas que había en la Argentina, dio lugar e identidad a aquellos que estaban excluidos, los trabajadores. En sus fases fundacionales es común que el movimiento populista afirme “no tener pasado”. En el caso del primer peronismo, esto se ve en el mito del país dual, la Argentina oculta e invisible, por un lado, y la Argentina rica y poderosa, por otro. La propia representación era concebida como la muestra de una realidad masiva pero desarticulada que había sido institucionalmente negada hasta entonces (Aboy Carles, 2004). La presencia de una alteridad es el exterior constitutivo que, en tanto cierre, permite la conformación del interior de toda identidad. Su constitución, a través de la demarcación de una frontera política respecto del régimen anterior, permitió que el radicalismo yrigoyenista, primero, y el peronismo, luego, se concibieran a sí mismos como la encarnación de la nación toda, cuya representación hasta entonces había sido negada en virtud de diferentes formas de bloqueo representativo (Aboy Carles, 2004). Así vemos cómo el peronismo instala un tema que será recurrente en su discurso: poco había para la clase obrera de rescatable en el pasado argentino.

Por este motivo es que los análisis sobre el populismo tiendan a definirlo como un acontecimiento disruptivo. Mientras que la emergencia del peronismo da cuenta de una nueva estructuración de los lazos identitarios y de la constitución de identidades nuevas, el desarrollo del régimen peronista revela la imposibilidad de cristalizar dichas transformaciones en una nueva conformación del campo político. En este sentido, la ambigüedad de los principios ideológicos del peronismo responde a una dificultad constitutiva propia de la identidad populista, que consiste en mantener su posición particular como una parte de la comunidad y, a su vez, asumir la representación de la totalidad social.

En términos generales, los distintos grupos interpelados por el peronismo encuentran un principio de cohesión en el rechazo al liberalismo. Pero por más que el discurso populista-peronista dicotomice el campo político a partir de las interpelaciones anti-liberales -y a través de ello determine los posicionamientos ideológicos en un período de tiempo determinado-, nada garantiza que los grupos que se ubican a uno y otro lado de la frontera compartan lazos de reconocimiento interiores a cada uno. Este es uno de

los grandes grises cuando se quiere analizar el peronismo; más allá de la identificación como “grupo” frente a ciertos posicionamientos ideológicos y políticos, es muy difícil poder puntualizar las características que engloba el peronismo ya que presenta ambigüedades y contradicciones en sí mismo.

Laclau define al peronismo como un caso paradigmático de lo que él entendía por populismo, es decir, la articulación de un conjunto de interpelaciones “popular-democráticas” en forma antagónica a la ideología dominante, que contrapone el sujeto “pueblo” y el “bloque de poder” en un contexto histórico determinado. Las interpelaciones populistas del discurso peronista habrían emergido como una forma de captar las demandas insatisfechas de los sectores trabajadores urbanos, frente a un régimen liberal que no las reconoce como tales y que no consigue absorberlas. La irrupción en la escena pública argentina de las grandes masas, que se da a través de estas demandas insatisfechas, son interpeladas por Perón como sus “compañeros”, y por Evita, como sus “descamisados”, aludiendo a la forma en que fueron llamados aquellos trabajadores que marcharon el 17 de Octubre de 1945. Es desde aquí que se construye esa particular noción de “pueblo”, vinculada a la aparición en la vida política argentina de “los descamisados”, como actores fundamentales del Movimiento Justicialista en contraposición a la oligarquía. La construcción enunciativa de estos sujetos populares es, siguiendo a Ernesto Laclau, la condición necesaria de todo populismo, producto de la emergencia de una serie de prácticas discursivas específicas que segmentan el espacio social (Laclau, 2005).

El peronismo es, indiscutiblemente, un fenómeno político ligado a la incorporación de nuevos sectores socio-políticos al centro de las interpelaciones políticas. Emilio De Ípola ha señalado que hasta mediados de 1945 los discursos de Perón muestran una gran ambivalencia, en el marco de la cual se registra una pretensión de interpelar a una gran diversidad de sectores sociales y políticos. Sólo desde fines de 1945, una vez estabilizadas las posiciones políticas de cara a las elecciones de 1946, comenzarán a manifestarse los elementos más propiamente populistas, entre los cuales se destacan la dicotomización del campo político y la apelación directa e inequívoca a los sectores trabajadores (De Ípola, 1983).

En un primer momento, Perón fue protagonista de la escena política por las reivindicaciones otorgadas a los trabajadores y a las organizaciones sindicales desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. El General aparece como el portavoz de un gobierno ligado a la incorporación de las clases trabajadoras, circunscribiéndolas a una tutela estatal que buscaba reproducir las jerarquías de poder tradicionales. Perón, luego, comienza a hablarles directamente a las masas obreras y a conseguir su adhesión a través de beneficios sociales, con una intensidad mayor a la que se registró con anterioridad.

Después de su renuncia a dicha Secretaría, empieza a modelar esta dicotomía sobre la que se estructurará el discurso peronista: la oposición entre el pueblo y la oligarquía:

“Dentro de esa fe democrática fijamos nuestra posición incorruptible e indomable frente a la oligarquía. Pensamos que los trabajadores deben confiar en sí mismos y recordar que la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero. Estamos empeñados en una batalla que ganaremos porque es el mundo el que marcha en esa dirección. Hay que tener fe en esa lucha y en ese futuro. Venceremos en un año o venceremos en diez, pero venceremos (...)En esta obra, para mí sagrada, me pongo hoy al servicio del pueblo, y así como estoy dispuesto a servirlo con todas mis energías juro que jamás he de servirme de él para otra cosa que no sea su propio bien.”

(Discurso de Perón del 10/10/1945)

Las interpelaciones populistas se inician en este segundo momento, cuando Perón deja de ser la expresión de un sector dominante para pasar a ser el representante de una oposición a los grupos de poder tradicionales. La conformación del discurso peronista tiene esa particularidad: originándose desde el poder, como expresión de una facción dominante en una coyuntura específica, se posiciona posteriormente como un discurso anti-poder.

En este sentido, podemos decir que el populismo “simplifica” el espacio político, al reemplazar una serie compleja de diferencias y determinaciones por una dicotomía simple, aunque sus dos polos resulten imprecisos. Perón llevó a cabo esta operación

cuando en su campaña electoral adoptó una postura nacionalista, marcando la polarización Braden o Perón. El discurso de febrero de 1946 está polémicamente construido alrededor de dos ejes de oposición relativamente diferenciados, esto es: la oposición Oligarquía vs. Pueblo; y la oposición Braden vs. Perón (De Ípola, 1983).

“Es posible que mi pecado para actuar en la vida pública sea la constante franqueza de mis expresiones, que me lleva a decir siempre lo que siento. Esto me da derecho a que se me crea cuando proclamo mi simpatía y admiración hacia el gran pueblo estadounidense, y que pondré cada día mayor empeño en llegar con él a una completa inteligencia, lo mismo que todas las Naciones Unidas, con las cuales la Argentina ha de colaborar lealmente, pero desde un plano de igualdad. De ahí mi oposición tenaz a las intervenciones pretendidas por el señor Braden embajador y por el Braden secretario adjunto, de ejecutar en la Argentina sus habilidades para dirigir la política y la economía de naciones que no son la suya.”

(Discurso de Perón del 24/02/1946)

Como enuncia De Ípola, *“quien se atribuye a sí mismo una misión de redención social necesita un enemigo a su medida; al Mesías, sólo Satán puede oponerse”* (De Ípola, 1983:159). El enemigo elegido en ese discurso es un extranjero que está en contra de los intereses nacionales. Perón necesita de Braden para dar forma final a la elaboración de la nueva identidad. A través de esta oposición de personalidades, vuelve a generar una simplificación de la escena política: son ellos o nosotros.

“En consecuencia, sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista que, con ese acto, entregan sencillamente su voto al señor Braden. La disyuntiva en esta hora transcendental es ésta: o Braden o Perón. Por eso, glosando la inmortal frase de Roque Sáenz Peña, digo: “Sepa el pueblo votar”. ”

(Discurso de Perón del 24/02/1946)

Desde 1946, una vez ganadas las elecciones, Perón no sólo ejerció la dirección política del movimiento sino que asumió además el monopolio de la definición legítima del peronismo y su doctrina. Se puede observar en los discursos del primer peronismo que la

solidaridad nacional es reducida a los límites de lo popular, identificando a los argentinos con los peronistas, y calificando como no argentinos a los adversarios de las políticas implementadas por su gobierno. Similar es la utilización de la bandera de la “justicia social”, empleada en su discurso como sinónimo de la obtención de las reformas sociales contra el orden precedente; asimismo, era presentada como barrera contra las luchas de la oposición. Podemos entonces identificar dos ideas fuerza del peronismo que lo definirá como tal: la “identidad nacional” y la “justicia social” (Aboy Carles, 2004).

“Entre tanto, recordemos que la defensa del justicialismo es el nervio motor de nuestra lucha: en lo exterior contra el imperialismo y la reacción, y en lo interno contra la traición político - oligarca. Cada buen argentino debe sentirse depositario y guardián de nuestra justicia social, independencia económica y soberanía política, y estar pronto a morir en su defensa. Por eso es menester estar listo como en tiempo de lucha, con los comandos ágiles y los hombres de pie, porque el imperialismo capitalista no descansa en su tarea de comprar conciencias y pagar voluntades.”

(Discurso de Perón del 01/05/1951)

Como podemos observar hasta ahora, Perón no sólo rearticuló un conjunto de elementos ideológicos existentes, sino que también realizó una ruptura con respecto a las modalidades tradicionales del discurso político de ese entonces, introduciendo nuevos símbolos, nuevas modalidades de descalificación del discurso opositor, en definitiva, nuevas tácticas y estrategias para el ejercicio de la lucha ideológica. La reivindicación de los trabajadores y la recuperación de su dignidad social conllevan la revalorización de los “descamisados” como sujetos que serán la base y fundamento del Movimiento Peronista. Este cambio es el producto de la construcción del peronismo contra ese “otro” antagónico: la oligarquía:

“Ahora se asustan que hablemos de ‘descamisados’, olvidando que fueron ellos (los oligarcas) los que, por su egoísmo, dejaron a los obreros en camisa.”

(Discurso de Perón del 01/05/1947)

En el trabajo sobre la discursividad peronista Silvia Sigal y Eliseo Verón denominaron “modelo de llegada” al dispositivo de enunciación según el cual Perón se sitúa a sí mismo como un soldado que irrumpe desde el ámbito virtuoso del Ejército, para intervenir en la historicidad degradada de la política, donde diferentes fracciones políticas se repartían el poder a expensas del pueblo trabajador (Sigal y Veron, 2004). Este mecanismo discursivo que utiliza hábilmente, presenta la situación dual de quien se encuentra al mismo tiempo afuera y adentro: *“soldado que deviene pueblo, sin dejar de ser soldado; coronel de la nación que es asimismo trabajador, a condición de que se le considere ‘primer’ trabajador”* (De Ípola, 1983:146). Destacando la figura personal del caudillo, le otorga a éste el papel de mediador privilegiado.

“Trabajadores: hace casi dos años, desde estos mismo balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser patriota y la de ser el primer trabajador argentino”.

(Discurso de Perón del 17/10/1945)

Pero además, Perón utiliza otra estrategia discursiva cuando se refiere a él mismo empleando la tercera persona para postular que él mismo se convierte en nexo que liga al pueblo con otros actores sociales, transformándose en ese mediador que se encuentra por fuera de cualquier interés grupal.

“Desde esta hora, que será histórica para la Republica, que sea el coronel Perón el vinculo de unión que haga indestructible la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía; que sea esta unión eterna e infinita, para que este pueblo crezca en esa unidad espiritual de las verdades y auténticas fuerzas de la nacionalidad y el orden; que esa unidad sea indestructible e infinita para que nuestro pueblo no solamente posea la felicidad, sino también sepa defenderla dignamente.”

(Discurso de Perón del 17/10/1945)

Siguiendo el análisis discursivo, otro punto a tener en cuenta es que las modalidades de interpelación al “pueblo argentino” son sustituidas por la fórmula “compañeros”, destacándose un nosotros inclusivo. Como enunciador, Perón emplea el “nosotros” sobre el “yo” personal, tratándose de un “nosotros” inclusivo que lo engloba

tanto a él como a las masas trabajadoras. Se trata de una estrategia discursiva que refuerza la identificación con sus interlocutores quienes lo sienten como un par. En efecto, definirse como “compañero” implica un colectivo de identificación: ser compañero significa compartir, tener cosas en común, estar del mismo lado.

“Compañeros: que nuestros conflictos intersindicales sean solamente peleas de familia, de entrecasa. Cuando salgamos a la calle no habrá ninguna pelea, seremos como una familia unida que puede tener sus conflictos domésticos, pero ante el exterior se presenta con un frente unido e indestructible. Un frente obrero popular, unido y numeroso será el terror de la reacción y la mejor defensa contra la reacción política oligárquica, que pretende levantar su voz en defensa de interés ajenos al país...Pero hay que repetirles lo que nosotros sabemos de ellos: que están disfrazados de obreristas.”

(Discurso de Perón del 01/05/1950)

Además, podemos observar que los discursos de esta época adoptan formas del hablar popular. Ello se traduce en el empleo frecuente de vocablos propios del lenguaje familiar (pibes, mi mujer, jorobar, tipo, etc.), incorporando numerosos modismos populares y familiares, mediante vocablos y expresiones coloquiales que lo acercaban aún más a su interlocutor: al “pueblo popular”. Con estas expresiones, Perón se transformaba en uno más de ellos, les hablaba como un par. Así, el discurso peronista promocionaba, como vimos mediante la asociación entre democracia y justicia social, un tipo de apelaciones a los sectores populares a través de un diálogo directo con ellos, enfrentando, en este ejercicio, a la “oligarquía” (Slipak, 2007).

“Esto es pueblo; esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, al que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la patria, el mismo que en esta histórica Plaza pidió, frente al Cabildo, que se respetara su voluntad y su derecho.”

(Discurso de Perón del 17/10/1945)

Reforzando la nueva estructuración social, Perón reconoce a los trabajadores como el pueblo, el “verdadero” pueblo, el sufriente, y él está con los que sufren. Apelando

al “pueblo de la patria”, promueve la identificación entre masa trabajadora y patria. Si “esto es el pueblo”, lo que no es “esto”, lo que no está presente en la Plaza, no es el “pueblo”. Otra vez presenta, a través de su discursividad, una nueva dicotomía que separa y define el espacio social.

Pero este pueblo “sufriente” es caracterizado como un actor pasivo, al cual se le pedía confianza, fe y colaboración, como lo demuestra su frase célebre:

“Yo les pido que en esta lucha me escuchen. No se vence con violencia; se vence con inteligencia y organización. Por ello les pido también que conserven una calma absoluta y cumplir con lo que es nuestro lema de siempre, del trabajo a casa y de casa al trabajo.”

(Discurso de Perón del 17/10/1945)

El pueblo termina siendo un espectador de Perón y de sus obras. Esto es afianzado por una concepción peyorativa de la política, los partidos y las ideologías, adversarios todos del orden armonioso y del objetivo último del líder: la unidad nacional. En este sentido, *“la tarea de unificación que debe llevar adelante el soldado-redentor no tiene como objetivo estimular la ‘conciencia de clase’ sino, por el contrario, restituirles su conciencia, perdida, de ser simplemente argentinos”* (Sigal y Veron, 2004:49). Estos autores entienden dicho proceso como un *“vaciamiento del campo político”*, en tanto se negaba la política pluralista y se descalificaba al adversario como oponente en el campo de la disputa partidaria: el “otro” pertenece al orden del error, de la falsedad, del engaño, en definitiva, de la “antipatria”.

Otro punto que se reitera en sus discursos es el de la “comunidad organizada” representativa de una sociedad perfecta, intrínsecamente equilibrada, en la cual era menester distribuir los bienes producidos de manera tal que la situación fuera aceptable también para los sectores desfavorecidos (Slipak, 2007). Se reivindicaba el papel regulador del Estado, como representante de la soberanía nacional, y como último garante del orden, la paz y la armonía social.

“El Estado, en gran parte, se había desentendido del problema social, en lo que él tiene de trascendente, para solucionar superficialmente los conflictos y

problemas parciales. Es así que el panorama de la política social seguida representa una serie de enmiendas colocadas alrededor de alguna ley, que por no haber resultado orgánicamente la columna vertebral de esa política social, se ha resuelto parcialmente el problema, dejando el resto totalmente sin solución.”

(Discurso de Perón del 25/08/1944)

El Estado aparece como actor y árbitro bajo el cual debían encuadrarse las demandas populares y la constitución del pueblo como sujeto, el cual con anterioridad se había visto privado de cumplir dicho rol. Las reiteradas metáforas organicistas son huellas de un ideologismo (el del orden social) que dan fundamento al lugar y papel que cumple la órbita estatal para el buen funcionamiento nacional.

En resumen, Eliseo Verón y Silvia Sigal buscaban en *Perón o muerte* identificar aquellos elementos que permiten aludir a la existencia de un “discurso peronista”, a pesar de las fuertes transformaciones acaecidas entre las tres presidencias. Algunas constantes perduraron a lo largo de toda la trayectoria política del general, a pesar de los vaivenes del tiempo y las coyunturas, esto es, desde fines de 1943 hasta su muerte en julio de 1974.

En este apartado hemos presentado las constantes ideológicas que caracterizan al discurso peronista como tal. Entre ellas, la rearticulación de un conjunto de interpelaciones dispersas en el universo ideológico del periodo bajo el significante “pueblo” en contra del “bloque de poder” dominante, a lo que se suman las metáforas organicistas, la negación de la política pluralista y la reivindicación del actor estatal. La apelación a las masas, las cuales eran interpeladas a través de términos con fuertes connotaciones populares y anti-*statuo quo* -“descamisados”, “compañeros”, etc.-, provocaban la alternativa exclusión/inclusión del adversario respecto del colectivo identitario. Asimismo, la constante reivindicación del pueblo va de la mano de la reafirmación del papel regulador del Estado, el cual con el poder legítimo de regulador social, y con su derecho a asumir y representar la soberanía nacional, constituyó el horizonte absoluto dentro del cual se encuadraron las demandas populares y las reivindicaciones y valores nacionales.

Por último, este conjunto de “huellas” que remiten a interpelaciones, converge hacia la constitución de un sujeto político que, pese a estar privilegiadamente marcado por el componente “clase obrera”, la excede y, al mismo tiempo, la engloba. Dicho sujeto político no es sólo la clase proletaria, es el “pueblo”. Y la constitución del sujeto pueblo es, en el peronismo, indisociable de su enemigo histórico, la oligarquía (De Ípola, 1983).

Capítulo 4

“El punto esencial es que, como la dislocación que existe en la raíz de la experiencia populista requiere una inscripción equivalencial, cualquier ‘pueblo’ emergente, cualquiera sea su carácter, va a presentar dos caras: una de ruptura con un orden existente; la otra introduciendo ‘ordenamiento’ allí donde existía una dislocación básica”

Ernesto Laclau

4.1. Del “¡Que se vayan todos!” al kirchnerismo

Si se quisiera realizar un análisis de las crisis y manifestaciones “populares” ocurridas en la Argentina, por cercanía temporal y por los grupos sociales afectados, lo ocurrido en el 2001 sería una de las que más impacto tuvo, tanto por las consecuencias políticas inmediatas, como fue la renuncia de Fernando de la Rúa y su salida en helicóptero de la Casa Rosada, como por su legado en el imaginario social que hasta el día de hoy se lo llama el “Argentinazo”. Pero la diferencia con otras manifestaciones que se produjeron ante distintas crisis reside, principalmente, en los grupos participantes. En efecto, hubo manifestaciones de todas las clases sociales, donde los cacerolazos en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en varias ciudades de las provincias fueron su expresión máxima.

A simple vista, las causas de la crisis de 2001 se pueden deducir del agotamiento y la imposibilidad de mantener las políticas económicas implementadas por el modelo neoliberal en la década del '90. En esa década, bajo las dos presidencias de Carlos Saúl Menem, se impulsaron una serie de reformas propulsadas por el FMI a fin de lograr la estabilidad y el crecimiento económico. A nivel regional, la Argentina fue uno de los países que con más fuerza adhirió a este programa.

Una de las preguntas claves que se suscitan es por qué este modelo pudo mantenerse durante tantos años. Al respecto, habría varios motivos, uno de los cuales está dado por el hecho de que grandes sectores de la clase media, cuyos ingresos no dependían del sector productivo, se vieron enormemente favorecidos por la paridad entre el peso y el dólar –la llamada convertibilidad. Las personas de estratos económicos medios podían darse lujos impensados y consumir todo tipo de bienes inaccesibles hasta

entonces. Esto generó un fuerte apoyo político hacia Menem, por eso la convertibilidad, pensada en sus orígenes como una medida pasajera, ya que se iría aumentando paulatinamente la tasa de cambio, fue mantenida a pesar de los costos económicos y sociales (Pedrazzi, 2010).

Ante estas políticas ya insostenibles, el gobierno de de la Rúa se presentó como el cambio, con su gran frase “Dicen que soy aburrido”, encarnando la propuesta de un gobierno austero en donde la lucha contra la corrupción sería la plataforma principal. De la Rúa reiteraba en su spot de campaña: “se va a acabar la fiesta para unos pocos, para los que andan con Ferrari...”. Pero este gobierno era el producto de una alianza, como el mismo nombre de la fuerza creada lo indicaba, es decir, estaba integrado por miembros que sólo podían coincidir con fines electorales, o sea, para presentarse como oposición al Justicialismo. Tanto es así que Carlos “Chacho” Álvarez renunció a menos de un año a su cargo de vicepresidente. Estas divisiones internas se hicieron cada vez más visibles, provocando problemas para conseguir apoyo político. Este fuerte desgaste político llegó a su punto máximo con las elecciones legislativas de octubre de 2001, en donde el peronismo quedó con una gran mayoría en el Congreso.

Por su parte, el gobierno de Menem dejó un elevado déficit fiscal, por lo que de la Rúa tomó severas medidas de ajuste con el propósito de equilibrar las finanzas, siguiendo los dictados del FMI. Probablemente uno de los mayores errores haya sido mantener la convertibilidad llevándose a cabo todos los esfuerzos posibles para sustentarla, no obstante saberse que esto era ya era imposible. La deuda externa, a su vez, ahogaba al gobierno aumentando el déficit. La posibilidad de que el Estado entrara en cesación de pagos, alimentaba la especulación de una corrida bancaria. Para evitar esta situación, en diciembre de 2000 el ministro de Economía, José Luis Machinea, negoció un paquete de salvataje, denominado “Blindaje”, de cerca de 40.000 millones de dólares, que permitía postergar pagos de capital e intereses a efectos de aliviar la situación financiera del Estado y recuperar la confianza.

A pesar de la medida, a principios de 2001 comenzó la fuga de depósitos de los bancos. Tras el alejamiento de José Luis Machinea del Ministerio de Economía, el sucesor Ricardo López Murphy duró apenas dos semanas en el puesto, debido al anuncio de una serie de medidas antipopulares, que obligaron al presidente a solicitarle la renuncia al cargo. Con una imagen de impopularidad absoluta, el gobierno decide designar a Domingo Cavallo, quien gozaba todavía de un importante prestigio por haber

sido el “padre” de la Convertibilidad, para poder combatir la desconfianza y la incertidumbre generadas por la inestabilidad económica.

En junio de 2001, el gobierno de de la Rúa pide ayuda al Fondo Monetario para reducir la presión de la deuda externa, realizando el llamado "Megacanje" por US\$ 29.500 millones. Sin embargo, la fuga de capitales continuó a ritmo acelerado, con el agravante del descontento social provocado por las medidas de ajuste que formaban parte de las condiciones impuestas por el FMI.

Entre las medidas, el “corralito” implementado en diciembre de 2001 por el ministro de Economía, es la más recordada. Esta medida consistía en la restricción de la libre disponibilidad de dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorro, con el objetivo de evitar la fuga de depósitos y la especulación sobre una posible salida de la convertibilidad. Al restringirse bruscamente la liquidez monetaria, estas medidas impedían el movimiento económico, paralizando el comercio y el crédito, afectando de manera directa a la economía informal o no formal de la cual dependía una gran parte de la población y también a la clase media.

La tensión social se incrementó y las manifestaciones comenzaron a sucederse en las puertas de los bancos privados mientras se llevaban a cabo saqueos a pequeños y grandes supermercados agravando la situación. El conflicto social llegó a su auge los días 19 y 20 de diciembre, por lo cual de la Rúa dictó el estado de sitio. A pesar de la represión por parte de la policía, y del discurso del presidente por cadena nacional pidiendo diálogo, las protestas no dejaron de sucederse generando la estrepitosa caída de de la Rúa. La crisis política que originó este proceso se manifestó en toda la población, bajo la famosa frase: “¡Que se vayan todos!”. En el lapso de pocos días se sucedieron cinco presidentes, ante la situación de profunda ingobernabilidad: de la Rúa, Puerta (presidente del Senado), Rodríguez Saá, Caamaño (presidente de la Cámara de Diputados) y Duhalde. En esas circunstancias, la elección de Duhalde no se dio por el voto popular, sino por el de los legisladores. Su gobierno permanecería hasta el llamado a nuevas elecciones democráticas en 2003.

La crisis no se circunscribió sólo a unos pocos meses, sino que perduró durante todo el 2001 y el 2002. Un clima de malestar generalizado se tradujo en un ciclo de protestas y movilización social, desestabilizando el sistema político en su conjunto, perdiendo la credibilidad que desde la reapertura democrática en 1983 había conseguido. Esta crisis de representación fue producto de un giro en las expectativas ciudadanas; el

entusiasmo recibido por la modernización conservadora de los '90 había caído, dando lugar a un descontento y una indignación generalizados de un gran porcentaje de la ciudadanía. En este nuevo escenario, los movimientos sociales obtuvieron un significativo protagonismo que los posicionó como interlocutores legítimos frente a los devaluados representantes políticos.

Los candidatos presidenciales de las elecciones del 2003 no podían obviar esta situación particular por la que atravesaban los votantes, motivo por el cual debieron presentarse ajenos a la crisis. Igualmente, en esa elección de 2003 todos los candidatos obtuvieron pocos votos. El ganador en primera vuelta fue Menem con un 25%, seguido por Kirchner con el 22%. Dados esos resultados, estos candidatos debían competir en una segunda vuelta. Sin embargo, Menem no se presentó ya que sabía que tenía un fuerte rechazo de grandes sectores del electorado, y Kirchner termina asumiendo la presidencia con sólo el 22% de los votos.

El caso de Kirchner fue también muy particular, ya que al hecho de que asumió el cargo a presidente con la menor cantidad de votos en toda la historia argentina, se suma el que accedió a la presidencia a través del voto popular pero en elecciones que presentaron características únicas. En primer lugar, se habían suspendido por orden judicial las internas del Partido Justicialista, por lo que pudieron participar muchos referentes del peronismo que competían entre sí en las elecciones generales (Pedrazzi, 2010). Otra particularidad de esas elecciones fue el fuerte descrédito de la población hacia la política; en este sentido, las abstenciones al registrar un porcentaje muy elevado terminaron obteniendo un segundo lugar, y finalmente, llegó a la presidencia el candidato menos conocido dentro del electorado.

Sin duda, esta circunstancia de asunción al cargo de presidente lo presentaba con una gran debilidad de origen. Cualquier fuerza política o social podía alegar que este presidente no era representativo del pueblo, y así lograr desestabilizarlo. A este escenario de poca legitimidad popular, se sumaba el hecho de que Kirchner fue postulado con el apoyo del entonces presidente de la Nación, Eduardo Duhalde. Por esto mismo, muchos creían que Kirchner simplemente sería un títere del ex presidente, ya que no contaba con una estructura política fuerte como para poder enfrentar las circunstancias económicas y sociales que sacudían a la Argentina. Todos estos factores hacían pensar que Kirchner no iba a lograr siquiera finalizar su mandato (Pedrazzi, 2010).

Esta particular circunstancia pesó en los primeros actos de Kirchner, los cuales estuvieron destinados a ganar apoyos en todos los sectores, integrando las variables mencionadas anteriormente. Asimismo, al ser poco conocido en el ámbito nacional, Kirchner contaba con la ventaja de tener más posibilidades para sumar respaldos, adaptando su discurso a lo que la gente deseaba y necesitaba escuchar.

Néstor Kirchner busca primero ampliar su base de sustentación política para consolidarse en el poder. En este sentido, ante el descrédito político generado principalmente por las medidas neoliberales, debía presentarse ante los ciudadanos como la antítesis de las políticas dominantes no solo en los '90 sino desde el inicio del proceso de democratización en 1983 que no pudo terminar con la llamada "valorización financiera" iniciada por Martínez de Hoz. *"La diferenciación que se entabló en relación con la 'hegemonía de los noventa' propició que el Presidente pudiera ubicarse como ajeno a la figura de la 'clase dirigente corrompida' y postularse como líder de un cambio"* (Biglieri y Perelló, 2007:67).

Esta situación favoreció también para que su persona no fuese asociada a Duhalde por varios sectores sociales, a pesar de su apoyo explícito. En primer lugar, debía despegarse de Duhalde para poder ganar mayor credibilidad, razón por la cual señalaba en sus discursos que la crisis no estaba en el peor momento y que el ex presidente no había logrado tomar las medidas adecuadas para que el país saliera de esa situación, haciendo hincapié en su corporativismo y su debilidad frente a los lobbies empresariales. De ese modo, Kirchner se apartaba del círculo político de Duhalde trasladando su matriz ideológica como el componente fundacional de su mandato desde el comienzo, creando, así, su propio espacio político. Su discurso, antes de centro, vira hacia la izquierda logrando captar a los actores políticos que se encontraban en ese espacio. Sin embargo, no se alejó de ciertos representantes de la derecha, aunque públicamente los criticara y culpara de muchos males del país. Esta estrategia resultó efectiva, ya que la fragmentación histórica de la izquierda argentina le facilitó el camino para postularse como su representante. Sólo ciertos grupos que se consideraban más extremos se resistieron a este nuevo espacio que se generaba como progresista (Pedrazzi, 2010).

Para seguir afianzándose, debía ganar el apoyo de la sociedad civil. Tras una evaluación de la coyuntura particular en la cual gana las elecciones, Kirchner decide estratégicamente acercarse a los movimientos sociales y no a las estructuras partidarias

tradicionales para construir su poder y así estabilizar el apoyo a su mandato. Para lograr ese cometido se valió de la captación de referentes sociales.

Uno de los actos que más marcaron su posición social fue en materia de Derechos Humanos. En efecto, se mostró como un presidente muy sensible a ese tema, interpelando a aquellas minorías rezagadas en los gobiernos anteriores. Se acercó notoriamente a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, y se encargó de desenmascarar todo lo relacionado con la última dictadura. Esto fue muy bien recibido por amplios sectores de la población que durante muchos años y durante distintos gobiernos fueron silenciados ante la búsqueda de justicia de las víctimas del terrorismo de Estado. Las equivalencias deslizadas por Kirchner entre las violaciones de derechos humanos durante la dictadura militar y las políticas económicas regresivas implementadas por las gestiones subsiguientes, reafirmaban la idea de injusticia en la que vivía la sociedad argentina por no ser defendida y protegida por el Estado, por ser entregada a políticas de ajuste económico en beneficio de unos pocos, dueños de las grandes corporaciones. Este tipo de discurso le permitió incluso acercarse a la CGT –uno de los actores con mayor capacidad de negociación y poder de veto de la sociedad-, ante la cual mostró su ideología peronista. Como explica Norberto Galasso (2011), Kirchner amplió su base política, intentando representar a la mayor parte del campo nacional, al mismo tiempo que aisló a la oligarquía aliada al imperialismo, tratando de cooptar así a los sectores medios.

Finalmente, se valió de un tercer elemento discursivo para construir su base política. Polarizó a la sociedad alrededor de cuestiones políticas, convirtiéndolas en cuestiones morales. Él se presentó a sí mismo como “el bien”, que luchaba por los Derechos Humanos, que se oponía a los monopolios, que luchaba por la redistribución del ingreso. Todo aquél que se le oponía era “el mal”, cercano a la dictadura, era golpista y defensor de monopolios que destruyen el empleo. Esta postura dio muchos frutos, ya que al poco tiempo mucha gente se identificó con su discurso y se alineó de su lado (Pedrazzi, 2010). Además, reinstauró elementos como la pasión por la política –algo que se había perdido-, la defensa incondicional de ciertos valores y convicciones, la justicia popular, y la representación verdadera del pueblo, algo que en los '40 utilizó el propio Perón, y que ahora no resultan ajenos a la retórica kirchnerista.

La excepcional e inesperada legitimidad adquirida por el gobierno, indicada por los altos índices de aprobación y popularidad (del orden del 70 al 80 % en los primeros

meses de gobierno), no parece derivarse del cumplimiento de promesas preelectorales sino de la ejecución de políticas inesperadas aunque rápidamente populares. Las promesas de Kirchner durante su campaña electoral fueron genéricas y no se referían esencialmente a los aspectos institucionales que encaró el gobierno. En este sentido, el nuevo presidente se lanzó a una acción de gobierno que postulaba como benéfica la intervención y regulación por parte del Estado en ámbitos económicos y sociales.

Pero como nuestro trabajo se centra en lo discursivo, trabajaremos sobre este punto para analizar cómo Kirchner consiguió legitimidad, logrando tener el apoyo del “pueblo”, discursivamente construido. Si bien varios autores han caracterizado el discurso de Néstor Kirchner como populista, dándole a este término una acepción peyorativa, pues consideran que “su populismo” apuntaba a un “cambio de rumbo hacia la izquierda” al igual que varios gobiernos de Latinoamérica, según la óptica teórica de Ernesto Laclau, el discurso kirchnerista reúne dos características propias de todo discurso populista -tal como lo desarrollaremos en el transcurso del presente trabajo- por razones muy distintas a las sustentadas por aquellos que le dan al concepto un significado eminentemente negativo. Por un lado, se trata de un discurso binario y polarizante, que plantea un antagonismo fundamental en el campo político estableciendo una frontera que excluye a los adversarios al gobierno presentándolos como enemigos del pueblo. Y por otro, el populismo implica necesariamente la emergencia de un significante que encarne y aglutine las diversas demandas y discursos que circulan en el espacio social, y es a través de la construcción del significante “pueblo” que se logra esa universalidad de lo particular. Es decir que en este punto, seguiremos los lineamientos laclauianos señalados en el marco teórico.

4.2. Si éste no es el pueblo, el pueblo donde está

Como vimos anteriormente, Néstor Kirchner aparece en la órbita nacional en un panorama de inestabilidad institucional y de gran descrédito político. A pesar de haber estado 12 años al frente de la gobernación de Santa Cruz, era un ignoto para la gran mayoría de la sociedad argentina. Esta situación le sirvió para hablar a la población desde la posición más conveniente que él encontrara. Generalmente, en toda campaña política

los discursos tienen ciertas características básicas: una de las más comunes, es plantear posiciones amplias para abarcar a casi todo el electorado. *“El lenguaje de un discurso populista siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por falla cognitiva, sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es en gran medida heterogénea y fluctuante”* (Laclau, 2005:151). Esto se asemeja a la campaña de Perón, quien en los primeros meses no tenía un discurso dirigido a un sector en particular, sólo después, al encontrar una posición definida para marcar una identidad, pudo identificar el grupo receptor del cual recibiría apoyo.

Kirchner intenta hacer lo mismo que Perón, pero con la diferencia que éste ya contaba con el apoyo de varios sectores de la población gracias a los beneficios entregados a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Entonces, lo que pretende Néstor Kirchner y, aprovechando la inestabilidad de los partidos políticos, es presentarse a nivel nacional como alguien nuevo, diferente, y ajeno, a la vez, de la vieja política. Lo más llamativo es que Kirchner tuvo varios años dentro de aquel sector que luego pretende desconocer. Cuando se presenta como candidato era gobernador de la provincia de Santa Cruz, cargo que mantenía desde 1991. Es decir que fue partícipe de aquellos gobiernos y de aquellas políticas que llevaron al país a la crisis del 2001. Pero el poco conocimiento de las políticas de la provincia de Santa Cruz y de su situación social, lo beneficiaron para presentarse con una nueva impronta. En el discurso de asunción de su mandato el 25 de Mayo de 2003, él lo remarca aludiendo que los argentinos eligieron lo nuevo que él representaba:

“El 27 de abril las ciudadanas y los ciudadanos de nuestra Patria, en ejercicio de la soberanía popular, se decidieron por el avance decidido hacia lo nuevo. Dar vuelta una página de la historia no ha sido mérito de uno o varios dirigentes. Ha sido, ante todo, una decisión consciente y colectiva de la ciudadanía argentina.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Al decir: *“se decidieron por el avance decidido hacia lo nuevo”* está marcando una posición política. Pero como podemos ver en su carrera, Kirchner fue gobernador casi en toda la década menemista y no hay reconocimiento público por ser opositor de ese gobierno, no sería entonces nada nuevo. Lo que ocurrió es que Kirchner tenía la ventaja,

y la explotó al máximo, que nadie lo reconocía como aliado de esa política tampoco. Entonces pudo posicionarse como contrario a esa “otra”, que desde su asunción será la “vieja” política.

Teniendo este margen de movimiento, lo que Kirchner debía y podía hacer en esas circunstancias era elegir a sus interlocutores, es decir, a qué grupos le hablaría como su pueblo. Si bien dijimos que en un principio él se presentaba con políticas amplias, podemos observar que desde sus inicios como presidente, Kirchner estaba delimitando a esa población por y para la cual gobernaría, el pueblo argentino. En toda discursividad hay una cadena de significantes que se ponen en juego, y hay que recordar que esos significantes son una representación vinculada a lo ideológico, es decir, es una elección arbitraria y con una intencionalidad de fondo. Al decir unas cosas y callar otras, está eligiendo a qué sectores está interpelando y con quiénes se identificará.

Kirchner, entonces, para reforzar una identidad de conjunto debe hablar desde un lugar legítimo. Éste se ubica, para cumplir ese objetivo, como el representante del “pueblo argentino”. Dicha representación se utiliza en el sentido en que está autorizado a actuar por ellos porque se presenta como defensor de sus intereses, que son los mismos que los de él.

“En esta renegociación el pueblo argentino tiene en su Gobierno el primer defensor de sus intereses.”

(Discurso de Kirchner del 01/03/2006)

Esta estrategia de ubicarse como primer defensor de intereses se lo puede asociar cuando Perón se presenta como el primer trabajador. Perón lo que hizo fue ubicarse como mediador entre el pueblo con otros actores sociales por fuera de cualquier interés grupal. En el caso de Kirchner, si bien no se nombra en tercera persona al decir que el pueblo tiene en su gobierno el primer defensor, utiliza un juego de palabras. Al decir “*en su gobierno*” nombra al gobierno como conjunto, pero también se puede hacer una relectura en la cual él se individualiza resaltándose que en el gobierno está “el primer defensor” de los intereses, que es él, Néstor Kirchner, no los demás funcionarios. En esta segunda lectura, hay un posicionamiento individual, de un líder, como fue Perón.

Pero antes que eso suceda ese líder tiene que representar algo que compartan todos los otros miembros de la comunidad para legitimar su lugar. Para ello, Kirchner intenta construir un discurso político alrededor de ciertos significantes centrales que vienen del '45, como patria y pueblo, principalmente. A lo largo del trabajo rastrearemos las huellas que del peronismo persisten en el kirchnerismo. Estableceremos cómo ambos gobiernos demarcaron una frontera según la relación antagónica dicotómica: el pueblo y sus enemigos; y cómo significaron equivalenciamente un lado y el otro.

Volviendo al eje de análisis, podemos afirmar que todo discurso político supone la construcción de un actor colectivo, un “nosotros” proporcionándonos una identidad colectiva que se nuclea, generalmente, en torno de la figura del líder. Es mediante la operación de interpelación que el líder, en tanto voz privilegiada, nombra y a la vez reconoce a sus seguidores a través de la enunciación generando lazos identitarios. En un principio, en el discurso de asunción, Kirchner dirige su alocución a un amplio espectro de espectadores como son los representantes de gobiernos extranjeros, ciudadanos allí presentes, y amplía la destinación a su “*querido pueblo*” con su necesidad inicial de ampliar su base de apoyo para aunar fuerzas.

“Señores jefes de Estado, su Alteza Real, señores jefes de gobierno, señores representantes de gobiernos extranjeros, invitados especiales que nos honran con su presencia en este lugar, señores miembros del Congreso reunido en asamblea, ciudadanas y ciudadanos presentes, querido pueblo argentino.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Para luego, configurar un “nosotros” inclusivo que da forma al colectivo de identificación kirchnerista, el vocativo privilegiado para conformar esta articulación hegemónica es “*los argentinos*”.

“En el nivel de participación de aquella jornada se advierte que pensando diferente y respetando las diversidades, la inmensa y absoluta mayoría de los argentinos queremos lo mismo aunque pensemos distinto.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

“Sé y estoy convencido de que (...) vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentinos.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

En el primer discurso presidencial, prácticamente no existen alusiones a los argentinos en tercera persona, sino que el locutor, Kirchner, y los argentinos forman allí parte de una misma entidad, el pueblo argentino. Aunque, además de la figura colectiva y totalizante de *“los argentinos”*, recurrente en todo discurso político, a lo largo de los discursos de Kirchner encontramos que existen otros modos de enunciación que aluden a los destinatarios positivamente. Como lo analizamos en el capítulo de Perón, Kirchner retoma esta estrategia del peronismo de generar un colectivo de identificación a través de la palabra *“compañeros”* en donde se acerca ideológicamente a ellos, los peronistas, pero también incluye a los que no lo son, al decir *“queridos hermanos”* amplía su interlocución a un vasto grupo de antiperonistas. En definitiva, como él mismo dice, está presente el pueblo argentino en toda su diversidad, sean peronistas o no.

“Queridos hermanos, hermanas, compañeros y compañeras, argentinos, argentinas: y al final un día volvimos a la gloriosa Plaza de Mayo a hacer presente al pueblo argentino en toda su diversidad.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2006)

Pero basándonos en la teoría de Laclau, el colectivo “pueblo” se conforma por medio de la articulación de demandas populares que circulan para ir enlazando a través de la equivalencia al *“todos nosotros”*. La unidad del objeto pueblo existe ya que ese nombre se vacía de contenido y se convierte en centralizador de demandas que establecen entre sí una relación equivalencial. Kirchner constituye el primer discurso presidencial que reivindica y se identifica explícitamente con la militancia peronista de los años ‘70. Pero al hacerlo, está absorbiendo dicha demanda, la lucha que una parte de la población mantiene durante y después de la dictadura, cuya figura más representativa son los “desaparecidos”, constituyendo un desafío a la formación hegemónica anterior a su gobierno.

“Hace 33 años yo estaba allí abajo, el 25 de Mayo de 1973, como hoy, creyendo y jugándome por mis convicciones de que un nuevo país

comenzaba, y en estos miles de rostros veo los rostros de los 30 mil compañeros desaparecidos, pero igual veo la Plaza de Mayo de la mano de todos nosotros.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2006)

Mientras en este caso, Kirchner queda comprendido en el sintagma “*de todos nosotros*”, utilizando un nosotros inclusivo, hay momentos en donde por medio de “*los argentinos*” o el “*pueblo argentino*” toma distancia del grupo para legitimar el lugar desde donde habla. En ese sentido, el “*pueblo*” se diferencia del gobierno y refiere a la entidad colectiva que ha delegado el poder, que ha autorizado al gobierno para que ocupe ese lugar. La figura del “*pueblo*” contribuye entonces a consolidar el vínculo entre representante y representados, que en este caso es un vínculo de identificación, ya que el gobierno está conformado por “*hombres y mujeres comunes*” iguales al pueblo y, al mismo tiempo, de subordinación del gobierno a la voluntad popular que les confirió las grandes responsabilidades.

“Actuaremos como lo que fuimos y seguiremos siendo siempre: hombres y mujeres comunes, que quieren estar a la altura de las circunstancias asumiendo con dedicación las grandes responsabilidades que en representación del pueblo nos confieren.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Pero cuando habla en primera persona, resaltando valores y convicciones personales, afianza esta idea de “*hombre común*”, mencionada en el fragmento anterior. Reforzando el efecto de igualdad entre el presidente y el ciudadano, hay una equivalencia entre Kirchner y las personas que conforman el pueblo. Porque como él, hay otros que pertenecen a esa generación aniquilada. Apela a los rasgos, vivencias y convicciones en común. “*El líder sólo es aceptado si presenta, de un modo particularmente marcado, los rasgos que comparte con aquellos que se supone que debe liderar (...) ese “algo en común” que hace posible la identificación entre los miembros del grupo no puede consistir exclusivamente en el amor por el líder, sino en algún rasgo positivo compartido por el líder y los liderados*” (Laclau, 2005:83).

“Formo parte de una generación diezmada. Castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada. No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo. Eso constituye en verdad un ejercicio de hipocresía y cinismo. Soñé toda mi vida que éste, nuestro país, se podía cambiar para bien. Llegamos sin rencores pero con memoria. Memoria no sólo de los errores y horrores del otro. Sino que también es memoria sobre nuestras propias equivocaciones.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Hasta el momento, podemos observar cómo mediante la elección de distintas estrategias retóricas discursivas, Kirchner está delimitando su grupo de identificación cargándolo de significantes por el cual conforma un “nosotros, el pueblo argentino”. Pero hasta donde analizamos, la estrategia más utilizada discursivamente es la referencia al “nosotros” inclusivo en casi todos los discursos de Néstor Kirchner. Al generar mayor vínculo de identificación con los sectores sociales, más fácil es crear una identidad de grupo, en este caso el “pueblo argentino”, en donde se define cuáles son aquellas demandas que enlazan a “todos” para hegemonizar ese espacio de significación.

Es muy común observar en los distintos discursos la utilización de acciones en primera persona del plural que aparecen a menudo encabezando o bien discursos de elogio y valorización de los propios logros, como un éxito grupal, o bien discursos descalificatorios hacia los adversarios políticos, los enemigos, recordando los daños que han provocado. Estas expresiones como *“hemos recuperado”*, *“no queremos”* se dirigen directamente a un “todos nosotros”, corroborando y reforzando ese accionar, creando un efecto de complicidad entre el locutor y el auditorio. En el mismo sentido, las alusiones de existencia sobre “lo que nos pasó” evocan y, a la vez, construyen discursivamente situaciones que se presentan como conocidas, y que aluden a experiencias y sufrimientos compartidos por el locutor y los destinatarios.

“Hemos recuperado el valor de la memoria, el valor de la justicia, el valor de la inclusión social, el valor de la equidad y la decisión de construir una Patria para todos los argentinos. No queremos más, hermanos y

hermanas, crecer y que, como en la década del '90, solamente crezca un grupito chiquitito; queremos que crezcan todos los argentinos. Si a la Argentina le va bien, les tiene que ir bien a los trabajadores, a la clase media, a los empresarios nacionales, a todos los que integran la Patria. Es fundamental tener una Patria que nos contenga a todos."

(Discurso de Kirchner del 25/05/2006)

Para ir cerrando este punto, a partir del análisis de Verón, bajo la mirada de Perón los trabajadores se descubren como argentinos. A través de las acciones de Perón, los trabajadores-argentinos reconocen en él a uno de los suyos; es por medio de la mirada de los trabajadores la que transforma a Perón en el primer trabajador (Sigal y Veron, 2004). En el caso de Kirchner, podemos esbozar que los argentinos se redescubren como argentinos. Porque hay una constante reivindicación de los argentinos que tenían una Argentina negada. Como en su momento, Perón dio visibilidad a aquellos trabajadores que estaban ocultos en todos sus derechos, Néstor Kirchner les habla a la población, a los argentinos, que sufrieron injusticias, inequidad de parte de los gobiernos. Él apela a la nacionalidad como un identificador común para apuntar a un mismo objetivo, "*una Patria que nos contenga a todos*". Como explica Laclau, "*si el 'instinto nivelador' puede aplicarse a los contenidos sociales más diferentes, no puede, él mismo, poseer un contenido propio. Esto significa que esas imágenes, palabras, etcétera., mediante las cuales se reconoce, que otorgan a sucesivos contenidos concretos un sentido de continuidad temporal, funcionan exactamente como lo que antes hemos denominado significantes vacíos*" (Laclau, 2005:102). Y la argentinidad es uno de ellos.

4.3. Escuchamos al Pueblo, escuchamos sus demandas

Hasta el momento fuimos observando distintos aspectos que encierra toda construcción discursiva, pero focalizando aquellos puntos que son necesarios para la construcción populista, según la teoría de Laclau. Ahora bien, ¿cuál es, en este caso particular, la construcción discursiva de Kirchner cuando habla del "pueblo"? ¿Cuál es la característica de esa "identidad popular" que se conforma en el decir? Porque si bien no existe ninguna acción política que no sea en cierto aspecto populista, como explica

Laclau, no todos los proyectos políticos son populistas. Eso dependerá de la unificación de las diversas demandas en un sistema estable de significación.

Pero para que haya un sistema de significación tiene que construirse una identidad en donde se cierre el flujo de significación. Entendemos que el espacio ideológico está hecho de significantes flotantes cuya identidad está abierta. Éstos se estructuran en un campo unificado mediante la intervención de un determinado “punto nodal” (*point de capiton* lacaniano) que los acolchona, deteniendo su deslizamiento y fijando su significado; es decir, los elementos flotantes son encadenados en una serie de equivalencias (Žižek, 2003). Lo que está en juego en la lucha ideológica es cuál de los puntos nodales totalizará a los significantes flotantes, en este caso, la lucha ideológica es por lo qué significa “el pueblo”. Las demandas absorbidas que darán identidad, a través de las lógicas de la diferencia y de la equivalencia, serán los significantes flotantes que cerrarán el flujo de significación.

Cuando Kirchner asume, observamos cómo ciertos significantes se van reiterando tanto para generar la propia identidad como grupo como para construir la identidad del otro que a su vez refuerza la propia. El mecanismo es simple. Yo soy justo; el otro es injusto. Si el otro es injusto y yo me declaro que no soy como él, por lo tanto al no ser injusto, soy justo. Estas lógicas funcionan constantemente en todos los estadios de la vida social, por lo cual hay una permanente lucha por la hegemonía de la significación, ya que no se trata de un conjunto cerrado; por el contrario, hay una constante puja. Kirchner, en este sentido, presenta una nueva hegemonía de significación del conjunto “pueblo argentino”. En sus discursos, elige a sus interlocutores haciendo visibles sus demandas y, a su vez, los une equivalencialmente en el mismo grupo.

Volviendo al análisis de sus discursos, una vez ubicado en ese lugar de “nueva política”, como lo desarrollamos en el inicio de este capítulo, debía conseguir rápidamente apoyo social para afianzarse en el gobierno, y para ello, Kirchner responde directamente a los reclamos originados a partir de la crisis de 2001, en donde se exigía que se vayan todos los políticos, los conocidos. Así, Kirchner se diferenciaba de aquellas políticas que llevaron al país al desastre:

“Nos tocó hace tres años asumir la responsabilidad de la conducción de la Argentina siendo el presidente menos votado de la historia, porque al que tenía que haber ido en segunda vuelta lo único que le importaba era su destino y no dar la batalla democrática o cuidar el país y nos dejó, nos dejó con el país en llamas en nuestras manos.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2006)

Kirchner está haciendo referencia a que el candidato que tenía que ir al ballottage con él, el de la “vieja política”, “*nos dejó*”. ¿Pero a quiénes abandonó? Por un lado, habla en plural, “*nos tocó hace tres años asumir*”, que podría estar relacionado a su equipo de gobierno; pero, por el otro, cuando dice “*nos dejó con el país en llamas*” también apela a un nosotros inclusivo, porque a todos nosotros, es decir, a todo el pueblo argentino, Menem abandonó dejando el país en plena crisis a causa de las políticas implementadas en su gobierno. Él se incluye en ese “pueblo” que sufrió. La estrategia discursiva utilizada por Kirchner es similar a la empleada por Perón en sus discursos, en donde al hablar de un “nosotros” está generando una identificación de grupo, ya que se presenta como un par, como uno de ellos.

En esta primera instancia, vemos cómo se va conformando la identidad del grupo que interpelará Kirchner en sus discursos, el “pueblo”. Este “pueblo”, como lo indica Laclau, “*no constituye una expresión ideológica, sino una relación real entre agentes sociales. En otros términos, es una forma de constituir la unidad de grupo*” (Laclau, 2005:97). Como vimos anteriormente, Kirchner relaciona a los diversos agentes a partir del rechazo a la vieja política, algo que la mayoría de la población expresaba y que había quedado plasmado en los cacerolazos ocurridos en diciembre de 2001. En esa ocasión podemos observar cómo funcionó la lógica de la equivalencia, por la cual se igualaron todos los reclamos de diversos sectores sociales bajo la consigna “que se vayan todos”. Lo que hizo Kirchner es simplemente ubicarse en ese grupo.

Si bien por la crisis ya se había conformado un grupo en donde había una unidad en relación a los reclamos, como recién dijimos, Kirchner debe empezar a definir qué reclamos serán escuchados, cuáles le darán identidad al grupo. Esos puntos constitutivos se dan a través de las demandas, concepto significativo que Laclau introduce para definir una unidad de análisis, y para comprender, así, la constitución de los populismos. En

efecto, las demandas pueden presentarse como sectoriales, fragmentadas, unidas al puro interés de satisfacción individual. La prevalencia de este tipo de demandas corresponde a lo que Laclau denomina lógica social de la diferencia, donde éstas son absorbidas por el sistema y respondidas de manera individual. Pero, sin embargo, cuando se unen diversos tipos de demandas, hay entre ellas una relación de equivalencia, es decir, *“las demandas que constituyen una cadena equivalencial no necesitan compartir nada positivo: la equivalencia está dada por su común oposición a un régimen que las niega a todas ellas”* (Laclau, 2005:117). En esta articulación equivalencial de demandas, es el pueblo el que aparece como articulador, transformándolas en demandas populares. En otras palabras, éstas son *“una forma de constituir la unidad del grupo”* (Laclau, 2005).

Podemos decir, en principio, que Kirchner instituye una forma de construcción política que busca absorber esas demandas a través de la lógica de la equivalencia, levantando las banderas clásicas que una vez Perón levantó, pero resignificándolas en el presente, para lo cual recupera distintos significantes nacionales, en general, y del peronismo, en particular, reforzando su posición de opositor a aquellas políticas que provocaron una gran crisis en la Argentina.

“Queremos recuperar los valores de la solidaridad y la justicia social que nos permita cambiar nuestra realidad actual para avanzar hacia la construcción de una sociedad más equilibrada, más madura y más justa.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Al hablar de justicia social está utilizando, claramente, un significante puramente peronista que tiene una connotación histórica. Apela a uno de los significantes que construyó y con el que se identificó al pueblo peronista. Detrás de la “justicia social” hay una cadena de significantes que la acompaña. Cuando se habla de justicia social, se está hablando de la dignidad del pueblo, de los trabajadores, de las clases bajas, de la inclusión social, de la vivienda, de la educación, del trabajo, etc. En otras palabras, el pueblo que pelea por la justicia social es ese pueblo justo y digno, que lucha por los derechos del trabajador, de los compañeros y que defiende a la Patria por sobre todas las cosas. E implícitamente, la evocación de la justicia social trae consigo la imagen del general Juan Domingo Perón. Con esta operación retórica, indefectiblemente, Kirchner está haciendo propias las causas por las que el peronismo se consolidó. Es una manera

discursiva de mostrarse como el sucesor del General. Si bien, ya lo habían intentando otros, como lo hizo Menem en su campaña presidencial, a diferencia de éste, Kirchner lo mantuvo en todo su gobierno. Sobre esas características, o ideales como él mismo las llama, afianzará su discurso político.

“Nuestra prioridad en política exterior será la construcción de una América Latina políticamente estable, próspera y unida con base en los ideales de democracia y justicia social.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Pero no sólo Néstor Kirchner recurre a la resignificación de los valores que caracterizaron al peronismo, también el peronismo y el kirchnerismo logran formar la cadena que reúne las demandas de todos aquellos sectores con una tradición nacional y popular. Esta articulación equivalencial de una pluralidad de demandas va a constituir una subjetividad social más amplia, constituyendo al pueblo como actor histórico potencial (Biglieri y Perelló, 2007). Es decir, por medio de la articulación equivalencial se interpelará a todos a través, en este caso, de las cuestiones nacionales y populares. Todos somos y seremos ese pueblo, ante todo argentino, por el que se luchará por políticas sociales y económicas postergadas por tanto tiempo.

“El día que me tocó asumir era segundo a segundo, hoy es minuto a minuto, pero sé que con ustedes vamos a poder. Por eso, queridos argentinos y argentinas, levantemos la bandera de la Patria, levantemos nuestro escudo, levantemos la Argentina, levantemos la Patria grande, levantemos a América Latina, levantemos a nuestros hermanos desaparecidos, levantemos la reconstrucción de una Argentina con todos, levantemos la convivencia, levantemos la ciudadanía, levantemos la diversidad, levantemos la pluralidad, tomémonos de la mano y caminemos por la avenida de la Patria abrazados por un nuevo país. Muchísimas gracias, muchas gracias a todos, los amo y fuerza.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2006)

Kirchner le habla a ese pueblo que en el 2003 lo vio asumir sin apoyo. A ese pueblo le expresa que tiene que enfrentarse a aquellos, los representantes de la vieja

política, porque ahora cuenta con el apoyo de “ustedes”, o sea, “nosotros”, para poder continuar. Ese pueblo se fortalece remarcando las diferencias que tiene con las anteriores políticas. La lógica de la diferencia y la de la equivalencia se ponen en funcionamiento. El discurso los unifica como Patria, como argentinos, pero los diferencia de aquellos que los habían silenciado y olvidado. Al enfatizar el “*levantemos*” está haciendo referencia a la acción de subir algo que estaba abajo, que no era importante. Al levantar a “*nuestros hermanos desaparecidos*” está refiriéndose a ponerlos en un lugar de importancia, de reivindicación. Lo mismo sucede con la Patria. Kirchner está reivindicando en todo momento a la Argentina y a los argentinos. Fortalece la unidad de grupo, fortalece discursivamente al “nosotros, el pueblo argentino”.

Las demandas que determinan la articulación para constituir el “pueblo” y que dicotomizan el espacio social, son, principalmente, las referidas a la política de derechos humanos. Esto se vio reflejado en la posición del gobierno nacional frente a los militares en el momento de su asunción, y en el hecho de nombrar a los desaparecidos, como dimos cuenta precedentemente. Este bastión de lucha de un sector de la población, fue tomado como propio, y llevado, consecuentemente, al lugar que le correspondía: la justicia, reivindicando una de las demandas populares, como es la de “memoria, justicia y verdad”. En el 2005, Kirchner impulsa la derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. A un año y medio de la derogación de esas normas, el Estado ya había enjuiciado y enviado a prisión a 124 represores.

“No queremos volver a ese pasado, queremos con memoria, verdad y justicia construir las bases de un sólido futuro.”

(Discurso de Kirchner del 15/12/2005)

Esta demanda, que en su momento fue sectorial, se transforma en demanda popular; también es un lugar de identificación de parte de Néstor Kirchner con ese pueblo, donde se reconoce como compañero y hermano de aquellos que sufrieron “*las atrocidades*” de parte del Estado Nacional. Como vemos, las demandas no sólo dan identidad y constituyen un núcleo de significaciones sino que también son un espacio de interlocución donde el gobierno, en nuestro trabajo “Néstor Kirchner”, se define ideológica y políticamente.

“Las cosas hay que llamarlas por su nombre y acá si ustedes me permiten, ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como Presidente de la Nación argentina vengo a pedir perdón de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia por tantas atrocidades.”

(Discurso de Kirchner del 24/03/2004)

A las demandas por los derechos humanos se suman también las demandas por trabajo, planes sociales, vivienda, salud, educación y participación política. En definitiva, el kirchnerismo se plantea restablecer los derechos del pueblo en todos sus aspectos. Esto se observa en la fuerte reivindicación de los trabajadores por la recuperación de la dignidad nacional y de los valores que motoriza la población.

“Teníamos 60 por ciento de pobreza, 26 por ciento de desocupación, casi 30 por ciento de indigencia, nuestros hermanos estaban con los brazos caídos, parecía que la Argentina se derrumbaba, pero con la fuerza del pueblo, con la fuerza de la gente honesta y decente de esta Patria, con la gente que nunca se resignó a que este país se derrumbe, empezamos la reconstrucción.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2006)

Kirchner utiliza reiteradas veces términos como construcción, reconstrucción, levantar (como vimos en un discurso anterior), todas acciones que implican un cambio, una transformación positiva. Esta estrategia retórica refuerza la idea de renovación y de cambio, o de movimiento, porque son acciones que transforman y mejoran la calidad de vida. Esta idea de cambio implica un mutar, un ser otra cosa distinta de lo que se era. Con esta estrategia discursiva, Kirchner busca afianzar la idea de que el pueblo argentino cambió, que ya no está aquel enemigo que hizo a la Argentina injusta e indigna. Y esto conduce a la formación de una identidad: “nosotros somos lo que ellos no son”. Según Laclau: *“cualquier identidad popular requiere ser condensada, como sabemos, en torno a algunos significantes (palabras, imágenes) que se refieren a la cadena de equivalencias como totalidad”* (Laclau, 2005: 125). Por medio de la discursividad, se consolidan nuevos significantes conformando una totalidad; en este caso, “los argentinos, el pueblo de la Argentina, somos dignos y justos”.

“Venimos con toda nuestra voz y nuestra fuerza para construir la Argentina de la justicia y de la dignidad. Ustedes y yo debemos hacer lo mismo: oídos sordos a tantos agravios, ésta es la Plaza del amor y de la reconstrucción argentina. Queremos una Patria para todos, queremos una Patria para todos los argentinos y argentinas.”

(Discursos de Kirchner del 25/05/2006)

Pero si hablamos de identidad política, hay que recordar que ésta tiene límites inestables, en constante redefinición a través de la articulación contingente de una pluralidad de otras identidades y relaciones sociales. Es aquí donde entra en juego la noción gramsciana de hegemonía retomada por Laclau y Mouffe (1987). Los autores distinguen dos lógicas contrapuestas inherentes a toda articulación hegemónica: la lógica de la diferencia, que supone una expansión y complejización del espacio político, y la lógica de la equivalencia, que simplifica tal espacio (Aboy Carles, 2004). La lucha por la hegemonía supone instaurar una clausura y conformar la totalidad: *“toda identidad política supone un principio de escisión, el establecimiento de un espacio solidario propio detrás del cual se vislumbra la clausura impuesta por alteridad”* (Aboy Carles, 2004). En consecuencia, para que haya una identidad tiene que haber una equivalencia que nos una como grupo, y una diferencia que nos separe de otro.

En este sentido, a través de las demandas sectoriales, ahora transformadas en populares, se constituye una cadena equivalencial por la cual las interpelaciones popular-democráticas constituyen un grupo. Para la constitución del “pueblo argentino”, hay que rastrear las demandas populares que lo interpelan como tal, para comprender las características que identifican a sus miembros y, a la vez, los diferencian de los otros, destacando el papel que adquiere la fijación de límites en la construcción de cualquier espacio identitario.

4.4. K y anti-K, Justicia o impunidad

Hasta el momento, pudimos observar cómo algunas de las demandas que circulaban en la sociedad iban apareciendo, en mayor o menor medida, en sus discursos

y cómo fueron dando forma y significación al interlocutor preferencial de todo gobierno, el pueblo. Cuando hay una significación, hay una identidad, y para que haya una identidad tiene que haber algo externo y ajeno con el que pueda diferenciarse. En otras palabras, para que haya un “nosotros”, tiene que existir un “ellos”. Cuando asume la presidencia, Néstor Kirchner buscó presentarse como una nueva hegemonía a partir de la dicotomización del espacio social entre un “nosotros, el pueblo argentino”, y un “ellos, los enemigos del pueblo argentino”, es decir, aquellos que atentan y atentaron contra el país. *“En una sociedad que postula el Estado benefactor como su horizonte último, sólo la lógica de la diferencia sería aceptada como un modo legítimo de construcción social (...) Lo que realmente ocurre, sin embargo, es que los obstáculos que se encuentran en el establecimiento de esa sociedad –codicia de empresarios privados, intereses que se le oponen, etcétera- fuerzan a sus mismos proponentes a identificar enemigos y a reintroducir un discurso de la división social basado en lógicas equivalenciales”* (Laclau, 2005:104).

En esta división social, hay una identificación sectorial, por una parte, respecto de aquellos que van en contra de los intereses de los argentinos en su totalidad, es decir, del país; por otra, la identificación se da entre aquellos que lo respetan y luchan por él. Aquí entra en juego la cadena de significantes sobre qué significa ser “enemigo de”. Los primeros enemigos que presenta Kirchner para demarcar esa línea divisoria e identificar el “nosotros” del “ellos”, línea que luego irá profundizando, son: el FMI y sus políticas de recorte y ajuste estructural, el menemismo con su apuesta al neoliberalismo, el ejército y su participación en la dictadura, como los principales.

Con el correr del tiempo se va estableciendo y demarcando la división dicotómica del espacio social: la figura del “pueblo argentino” va tomando contenido y representación y, como consecuencia, la de los “enemigos del pueblo argentino” en contraposición. Un punto muy fuerte, por ejemplo, que afianzó la construcción del “pueblo kirchnerista” fue la política de desendeudamiento, porque no sólo se enfrentaba al FMI, sino también a todos los grupos económicos y políticos que apoyaron las medidas neoliberales y los ajustes exigidos por el organismo internacional. En efecto, oponiéndose a estas políticas estaba defendiendo al pueblo, al que le provocaron “pobreza” y “dolor”.

“Esta deuda ha sido constante vehículo de intromisiones, porque está sujeta a revisiones periódicas y ha sido fuente de exigencias y más exigencias, que resultan contradictorias entre sí y opuestas al objetivo del crecimiento sustentable. Además, desnaturalizado como está en sus fines el Fondo Monetario Internacional ha actuado, respecto de nuestro país, como promotor y vehículo de políticas que provocaron pobreza y dolor en el pueblo argentino, de la mano de gobiernos que eran proclamados alumnos ejemplares del ajuste permanente. Nuestro pueblo lo corrobora.”

(Discurso de Kirchner del 15/12/2005)

Pero la conformación de este “pueblo kirchnerista” no es algo que sólo tiene lugar en el nivel de las palabras y las imágenes, como explica Laclau, sino que también se sedimenta en prácticas e instituciones. Es decir, que el discurso implica la articulación de las palabras y las acciones, de manera que la función de fijación nodal de esa particularidad que se constituye en universalidad nunca es una mera operación verbal, sino que está inserta en prácticas materiales. Un ejemplo claro de esto son los juicios contra los crímenes de lesa humanidad que se realizan a los represores de la dictadura militar. Más allá del discurso sobre los derechos humanos, Kirchner llevó a la Justicia aquellas demandas que reclamaban una parte de la población. Otro punto que ejemplifica lo que venimos desarrollando, es la posición del gobierno de Kirchner ante el FMI y aquellos grupos económicos que apoyaron el modelo de los ‘90. La política económica kirchnerista refuerza la representación de un gobierno que piensa en las necesidades del pueblo, en contraposición de los gobiernos anteriores que representaban intereses contrapuestos a los populares. En palabras de Kirchner:

“Esta lógica siempre defendida por adalides locales de modelos que no tienen en cuenta ni las necesidades ni las realidades de los pueblos, llevó a consolidar una verdadera adicción al endeudamiento, en la que cada vez más nuestros acreedores encarecieron sus intereses, endurecieron su auditoria, su control y sus exigencias.”

(Discurso de Kirchner del 15/12/2005)

Con estas declaraciones, Kirchner se muestra en todo momento defensor de los derechos del país, como también de cada ciudadano. Él no va a permitir más que se

ignore a la gente. Como explican Biglieri y Perrelló, Néstor Kirchner se presenta como *“un nuevo gobernante, un nuevo liderazgo que vino a ocupar el eje vertical en relación con una nueva articulación equivalencial. Hay una nueva hegemonía en Argentina porque se ha configurado un ‘pueblo argentino’ que a través de su líder salió a delimitar los espacios de acción de enemigos y, con ello, a intentar instalarse como un pueblo soberano.”* (Biglieri y Perrelló, 2007:74). Así, un gobierno que le da más presencia al Estado como regulador, asignador de recursos y distribuidor de las rentas se presenta como algo positivo para el pueblo, *“lo mismo puede decirse acerca del neoliberalismo: él también se presenta a sí mismo como panacea para lograr una sociedad sin fisuras, con la diferencia de que, en este caso, las soluciones serían aportadas por el mercado y no por el Estado”* (Laclau, 2005:104).

En esta línea, Kirchner se abocará a recordar y remarcar a la gente los resultados de las medidas tomadas en los gobiernos anteriores.

“El resultado ha sido exclusión, pobreza, indigencia, la destrucción del aparato productivo. A la sombra de esos programas hemos visto concentración de ingreso en unos pocos y chocados contra la imposibilidad de combinar crecimiento macroeconómico con desarrollo social y pleno empleo.”

(Discurso de Kirchner del 15/12/2005)

Este nuevo gobierno aparecerá como un punto de inflexión en la historia. Por eso apela al pasado para mostrarse diferente, distinto a él.

Asimismo, Kirchner romperá con el aparato de la vieja política que tanto daño le ha hecho al pueblo. En ese sentido, vemos como se ocupa de impugnar constantemente el proyecto político y económico atribuido a los gobiernos anteriores, opuesto a los intereses nacionales y populares, polarizando la vida política entre un grupo autoritario y antidemocrático, y otro popular y legítimo. Con él podemos tener un futuro, porque él es cambio. Él representa la ruptura con el pasado y otro modo de gestionar el Estado.

“No es necesario hacer un detallado repaso de nuestros males para saber que nuestro pasado está pleno de fracasos, dolores, enfrentamientos,

energías malgastadas en luchas estériles, al punto de enfrentar seriamente a los dirigentes con sus representados. Al punto de enfrentar seriamente a los argentinos entre sí. (...) Por mandato popular, por comprensión histórica y por decisión política, ésta es la oportunidad de la transformación, del cambio cultural y moral que demanda la hora. Cambio es el nombre del futuro. Concluye en la Argentina una forma de hacer política y un modo de gestionar el Estado.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Kirchner propone ante un “*pasado pleno de fracasos*” un nuevo proyecto de país. Proyecto que se presenta como contrapuesto a aquel modelo que se quiere dejar atrás y que había sido reclamado por la población en las jornadas del 19 y 20 de diciembre. Él viene a motorizar un cambio radical, es lo nuevo, y habla de un futuro que marcará la historia del país, lo cual, a su vez, es un mérito del pueblo:

“Dar vuelta una página de la historia no ha sido mérito de uno o varios dirigentes. Ha sido, ante todo, una decisión consciente y colectiva de la ciudadanía argentina.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Para Aboy Carles este cambio que se presenta, esta diferenciación se da en la sociedad porque en el discurso de Kirchner comienza a tomar forma el trazado de una doble frontera política. Por un lado, una frontera que excluye el pasado reciente encarnado en el menemismo y sus consecuencias sociales por las políticas neoliberales; y por el otro, una frontera que excluye a un pasado más remoto que se remonta a la dictadura militar, cuyas consecuencias y efectos se prolongan hasta el presente. En su primer discurso como presidente, se puede observar cómo comienza a esbozarse esta doble ruptura, y a definirse los adversarios políticos:

“En la década de los ‘90, la exigencia sumó la necesidad de la obtención de avances en materia económica, en particular, en materia de control de la inflación. La medida del éxito de esa política, la daba las ganancias de los grupos más concentrados de la economía, la ausencia de corridas bursátiles y la magnitud de las inversiones especulativas sin que importara

la consolidación de la pobreza y la condena a millones de argentinos a la exclusión social, la fragmentación nacional y el enorme e interminable endeudamiento externo.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Pero no sólo se presentan como enemigos grupos políticos u económicos, también hay otra ruptura que no se ancla en nombres del pasado reciente, sino que se articula, más bien, alrededor de la noción de impunidad. *“Cuando estoy intentando constituir una identidad popular más amplia y un enemigo más global mediante la articulación de demandas sectoriales, la identidad tanto de las fuerzas populares como del enemigo se vuelve mas difícil de determinar. Es aquí donde necesariamente surge el momento de vacuidad, que sigue al establecimiento de los vínculos equivalenciales”* (Laclau, 2005:128).

A través del significante “impunidad” se nombra y se condensa a los gobiernos democráticos precedentes hasta la última dictadura militar. Los *“acuerdos oscuros, la manipulación, y los pactos a espaldas de la sociedad”* que nombra Kirchner son muestras de aquella continuidad de gobiernos caracterizados por la impunidad. Y ésta los iguala a todos más allá de matices circunstanciales. Esa característica particular –la impunidad- es la que se universaliza para darles una identidad. Al reforzar la identidad del enemigo, también se refuerza la identidad propia, es decir, se remarca la división entre “el pueblo argentino justo” de “aquellos injustos que se mueven impunemente”.

“En lo penal, en lo impositivo, en lo económico, en lo político, y hasta en lo verbal, hay impunidad en la Argentina. En nuestro país, cumplir la ley no tiene premio ni reconocimiento social (...) No habrá cambio confiable si permitimos la subsistencia de ámbitos de impunidad (...) Rechazamos de plano la identificación entre gobernabilidad e impunidad que algunos pretenden. Gobernabilidad no es ni puede ser sinónimo de impunidad. Gobernabilidad no es ni puede ser sinónimo de acuerdos oscuros, manipulación política de las instituciones o pactos espurios a espaldas de la sociedad.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Kirchner recupera aquella narrativa de un pasado signado por la injusticia, el silencio, y la complicidad, uniéndose a las luchas contra la impunidad.

Este es otro punto de similitud con Perón, ya que éste se presentó como algo distinto al pasado de exclusión en el que vivía el pueblo argentino. Antes de la llegada de Perón no había justicia social para el pueblo; él es quien enarboló esa bandera. El pueblo sufría la exclusión por culpa de los oligarcas y del imperialismo, quienes fueron identificados bajo la persona de Braden; la división social estaba encarnada en dos nombres antitéticos: Perón o Braden.

En este ejemplo se puede observar cómo operó la lógica de la equivalencia, por un lado, y la lógica de la diferencia, por el otro. Si bien no hay ningún nombre que pueda condensar todos los significantes del “enemigo”, con Kirchner se empieza a pensar con esa lógica, lo cual derivará años después, ya con su esposa Cristina Fernández de Kirchner como sucesora, en la disputa del gobierno con el Grupo Clarín, conocida como la “Corpo” versus la “Orga”.

Volviendo a la idea precedente, desde su oposición a la impunidad del pasado, Kirchner establecía una relación de equivalencia con los grupos de derechos humanos y sus reclamos:

“Hablemos claro: no es rencor ni odio lo que nos guía y me guía, es justicia y lucha contra la impunidad. A los que hicieron este hecho tenebroso y macabro de tantos campos de concentración, como fue la ESMA, tienen un solo nombre: son asesinos repudiados por el pueblo argentino.”

(Discurso de Kirchner del 24/03/2004)

Como mencionamos anteriormente, lo verbal se corporiza en prácticas concretas. Con la anulación de las leyes de Perdón y Obediencia Debida, y los juicios a los militares, Kirchner no sólo hace propia la demanda de derechos humanos sino que se constituye en la encarnación misma de la lucha por la verdad, la memoria y la justicia en el país. Alguien por primera vez, desde el Estado, enfrenta el pasado de impunidad, incluyendo a todos aquellos que luchaban por la “visibilización” de los desaparecidos, por la justicia y por los derechos humanos, excluyendo, a su vez, a los sectores comprometidos con la dictadura

y con aquel modelo de país de exclusión y desigualdad que había encontrado su auge en la década del '90. Esta operación de inclusión y exclusión transformó la lucha contra la impunidad en lucha contra la desigualdad y la exclusión social. De esta manera, la demanda por los derechos humanos se articulaba en el discurso de Kirchner con la lucha por la inclusión, por la igualdad y por un proyecto de nación *“con todos y para todos”*.

“Aquella bandera y aquel corazón que alumbramos de una Argentina con todos y para todos, va a ser nuestra guía y también la bandera de la justicia y de la lucha contra la impunidad. Dejaremos todo para lograr un país más equitativo, con inclusión social, luchando contra la desocupación, la injusticia y todo lo que nos dejó en su última etapa esta lamentable década.”

(Discurso de Kirchner del 24/03/2004)

Con lo observado hasta ahora, podemos esbozar que Kirchner apuntaba a la conformación de una nueva Argentina inclusiva y equitativa, buscando el interés verdaderamente nacional. Esto nos remite al carácter fundacional de los discursos de Perón, en donde se demonizaba un pasado y se proponía un futuro honroso, dando nacimiento a una nueva historia y a una nueva Argentina. Tanto Perón como Kirchner se posicionaron como punto de inflexión radical en la historia argentina. El primero, como lo vimos en el apartado sobre Perón, apelando a la inclusión de la gran masa de trabajadores que se mantuvo explotada y a la sombra de las clases altas. El segundo, como el restaurador de la sociedad después de la dictadura y de las políticas neoliberales que llevaron al país a la crisis profunda que culminó con la caída de de la Rúa. *“Cualquier ‘pueblo’ emergente, cualquiera sea su carácter, va a presentar dos caras: una de ruptura con un orden existente; la otra introduciendo ‘ordenamiento’ allí donde existía una dislocación básica”* (Laclau, 2005:155).

Ya desde sus primeros discursos, Kirchner plantea esta cuestión. Recordemos que él vino del *“sur”* (así como Perón llegó desde el Ejército para representar y ser un compañero de los trabajadores en su primera y segunda presidencia, y desde el exilio, en la tercera), siendo esta exterioridad la que le permitió presentarse como *“lo nuevo”*, utilizando fórmulas del tipo *“cambio es el nombre del futuro”* como hemos visto en varios de los fragmentos de sus discursos. *“Llegar quiere decir venir a ocupar el lugar de esa*

'cosa pública' que no existe más y que es sin embargo indispensable para que la Nación exista" (Sigal y Veron, 2004: 43).

De algún modo, su llegada desde el sur del mundo supone una bisagra en la historia. Los autores Silvia Sigal e Eliseo Verón advierten esta misma construcción discursiva en el general Perón a su llegada desde España en 1973. *"Aquel que llega de un exterior absoluto, que pide a su pueblo confianza y fe, porque sus obras hablarán por él, y que concibe su llegada como el estricto cumplimiento de una misión superior, el Bien de la Patria, no es, en efecto, nada más ni nada menos que un Redentor (...) El modelo de llegada no es otra cosa que un modelo de la presencia: si he decidido venir, es porque he observado, desde afuera, vuestra situación. Ahora estoy aquí"* (Sigal y Veron, 2004: 37). El objetivo de este recurso será el de establecer una distancia con los destinatarios; en este caso particular para no ser igualado con la clase dirigente que tan mala imagen tenía en la sociedad, y así poder luego pedir colaboración al pueblo¹.

Venimos desde el sur del mundo y queremos fijar, junto con todos los argentinos, prioridades nacionales y construir políticas de Estado a largo plazo, para, de esa manera, crear futuro y generar tranquilidad. Sabemos adónde vamos y sabemos adónde no queremos ir o volver."

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

Al afirmar: *"venimos desde el sur del mundo (...) sabemos adónde vamos y sabemos adónde no queremos ir o volver"* busca marcar diferencias con la política del

¹ El "modelo de llegada" es uno de los temas recurrentes en los discursos de Perón, tal como lo afirman Sigal y Verón y también Emilio De Ípola en *Ideología y discurso populista*, de lo cual ya hemos dado cuenta precedentemente. De Ípola dice, refiriéndose al discurso pronunciado por Perón el 12 de febrero de 1946 que, en este caso, Perón aparece como un dirigente que llega desde otro lado: él es un miembro del ejército que trabaja para el bienestar del pueblo, por ello, es el "primer trabajador". Sin embargo, la referencia explícita al dirigente que "llega de un viaje", importa menos que el dispositivo discursivo al que sirve de instrumento. "Ese dispositivo no es otro, afirma De Ípola, que el planteamiento, la 'puesta en escena', de una relación irreductible de exterioridad entre Perón y los destinatarios de sus discursos". Y en 1973, Perón dice: "Por eso, al hablarles a los argentinos lo hago con el alma a flor de labios y deseo también que me escuchen con el mismo estado de ánimo. Llego casi desencarnado. Nada puede perturbar mi espíritu, porque retorno sin rencores, ni pasiones, como que no sea la que alimentó toda mi vida: servir lealmente a la patria".

pasado como hemos puntualizado a lo largo del desarrollo del trabajo. Al expresar que hay un lugar donde no se va a volver, se está marcando que el nuevo gobierno es distinto a otros, no va repetir viejas fórmulas. Ese lugar indeseado es el de las viejas políticas, en donde el Estado tiene poca presencia y, por el contrario, el mercado regula la economía y el futuro del país. De esta manera, se está definiendo la identidad del gobierno al mostrar ese lugar al que *“no queremos ir”* o, mejor dicho, a ese *“otro”* que no es como *“nosotros”*. Kirchner fue construyendo ese *“otro”* durante su gestión. En efecto, en su presidencia los enemigos fueron planteados y visualizados claramente: el FMI, la Corte Suprema, las Fuerzas Armadas, las empresas de servicios públicos privatizadas, entre otros. Todos ellos se conformaron como *“los enemigos del pueblo argentino”*, dejando en claro la oposición con los demás, o sea *“el pueblo argentino”*; Kirchner, por su parte, es el encargado de establecer esta oposición además de ser el gran lector autorizado de la crisis del 2001 (Biglieri y Perelló, 2007).

“Estábamos acosados por deudas, estábamos acosados por sectores del privilegio que no querían dar un solo paso atrás, estábamos acosados por aquellos que decían que primero había que pagarle a los bancos antes que a la gente; estábamos acosados por aquellos que querían hacer lo que ciertos grupos económicos querían hacer en la Argentina y decían que la Argentina no era viable si no se satisfacían los intereses de esos grupos. Nosotros nos pusimos firmes con el acompañamiento de ustedes y pudimos ir construyendo una Argentina diferente.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2006)

Acá vemos cómo se va construyendo, hasta su irrupción, una nueva hegemonía, momento en que una determinada particularidad se vuelve universalidad. En este caso, Kirchner vino a *“restaurar”* aquello que había estado ausente y faltante en la Argentina, legitimando un nuevo orden. Esta creación de *“un pueblo argentino”* identificado con el kirchnerismo como fuerza hegemónica, supone que en éste se han agregado una pluralidad de demandas de diversos movimientos o actores sociales que han pasado a formar parte del oficialismo y han llenado de significación el significante vacío *“Pueblo”*. Como lo explica Laclau, no hay hegemonía sin la construcción de una identidad popular a partir de una pluralidad de demandas democráticas.

Este es otro común denominador entre el peronismo y el kirchnerismo ya que los dos están atravesados por una mirada confrontativa. *“Tal como había ocurrido con el peronismo, un antes, espacio y tiempo del statu quo, de la indignidad, se contrapone con un ahora donde existe la posibilidad del cambio de protagonista, la participación”* (Biglieri y Perelló, 2007:134). Lo mismo ocurre con Kirchner, en donde hay un llamado al pueblo desde el lado de la colaboración pero también desde la acción; éste vivió una época de silencio e inacción bajo la dictadura que continúa hasta el presente. Kirchner como Perón apela al compromiso del pueblo para afianzar los lazos de identificación y solidaridad.

“Somos conscientes de estar transitando un momento histórico fundamental y estamos decididos a ser protagonistas de este cambio de época. Nos han educado durante mucho tiempo para la impotencia, para el no se puede, nos quieren hacer creer que lo nuestro nada vale, que no tenemos la capacidad o la constancia para valernos como nosotros, como país. Nos quisieron meter en el alma la certeza de que la realidad es intocable, nos quieren convencer que son tan grandes las dificultades que es mejor que nada cambie. Quieren hacernos creer que no hacer nada nuevo es la única opción realista.”

(Discurso de Kirchner del 15/12/2005)

Siguiendo a Laclau, el populismo requiere la división dicotómica de la sociedad en dos campos: uno que se presenta a sí mismo como parte que reclama ser el todo, el pueblo argentino, y otro que corresponde a los enemigos del pueblo argentino y que se construye alrededor de la oposición al gobierno. Esta dicotomía implica que el campo popular, como condición de su constitución, construye una identidad a partir de la equivalencia de una pluralidad de demandas populares. En el caso kirchenista, las demandas populares que están circulando en lo discursivo son, principalmente, los derechos humanos, la justicia y la dignidad del pueblo. Estas demandas, inevitablemente, al entrar en la lógica de la equivalencia para la conformación del campo popular, se diferencian del campo antagónico que excluyen. *“Sin embargo, el significado exacto de estas conclusiones permanece necesariamente indeterminado hasta tanto se establezca con mayor precisión qué es lo que está involucrado en la construcción discursiva, tanto de una frontera antagónica como de esa articulación particular de equivalencia y diferencia que denominamos ‘identidad popular’”* (Laclau, 2005:110). Lo que está en lucha es el país

mismo. Con la construcción del “pueblo argentino” se pone en juego la construcción de una nación. En cada elección presidencial, los adversarios al gobierno de turno intentan resignificar la hegemonía vigente. Nada es perpetuo, todo es transformable. Algunos lo logran, otros sólo quedan en el intento.

“Vengo, en cambio, a proponerles un sueño. Reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación (...) Vengo a proponerles un sueño, que es la construcción de la verdad y la justicia (...) Vengo a proponerles un sueño, el de volver a tener una Argentina con todos y para todos (...) Vengo a proponerles un sueño, quiero una Argentina unida. Quiero una Argentina normal. Quiero que seamos un país serio. Pero además quiero también un país más justo.”

(Discurso de Kirchner del 25/05/2003)

En el discurso de asunción, Kirchner sintetiza todo lo que irá construyendo en su gobierno, presentándose ante los argentinos desde aquella primera instancia como la fuerza política capaz de encarnar la ruptura con el pasado de impunidad. Les propone un sueño. Les propone reconstruir todo lo que la Argentina había perdido. La identidad como Nación. La verdad y la justicia. La hermandad como argentinos. En otras palabras, les propone un Proyecto Nacional y Popular.

Capítulo 5

Conclusiones

“Vengo a luchar por una Patria más justa, vengo a luchar por la dignidad de los argentinos, vengo a tratar de que juntos pongamos este país de pie, vengo a que recuperemos la autoestima, vengo a que recuperemos la Justicia, que recuperemos el derecho de ser argentino”

Néstor Kirchner

El presente trabajo tenía el objetivo de desentrañar la construcción política del significante “pueblo” en el gobierno de Néstor Kirchner. Dejar entrever cómo lo discursivo construye la “realidad”, aquel entramado de significaciones sociales por el cual nos movemos y nos identificamos constantemente. Por construcción política entendemos, primero, que una significación no es algo ya establecido sino que se construye, y que por ello está en permanente lucha por su hegemonía; segundo, al ser política siempre hay una lucha ideológica detrás, una significación que se quiere imponer sobre otras.

La elección del tema de estudio fue, principalmente, porque las características del gobierno de Kirchner, salvando las distancias históricas, tienen muchos puntos de coincidencias con el de Perón, especialmente con el primer gobierno. Ambos marcaron un antes y un después en la historia argentina. Los dos gobiernos se erigieron en sendos momentos de crisis institucional del país, Perón asume en las primeras elecciones democráticas realizadas después de la Década Infame, y Kirchner después de la inminente renuncia de De la Rúa por las protestas sociales producidas en diciembre del 2001 y que llevaron al país al *default*. A ambos, asimismo, se los catalogó como gobiernos populistas o también llamados gobiernos “populares”. Si bien se ha analizado la experiencia peronista cuantiosamente, no hay muchos trabajos para explicar cómo pudo surgir un gobierno, en este caso el de Kirchner que, de algún modo, repitió la historia. Uno de los objetivos planteados, entonces, no fue analizar si fueron o no populistas, sino tratar de comprender cómo Kirchner construyó su gobierno y si hubo huellas del peronismo clásico en su construcción.

Para el análisis de este tema, elegimos la teoría del populismo de Laclau como sustento teórico. Como expusimos en el inicio del trabajo, nos basamos en este autor

principalmente por su concepción teórica acerca de la construcción social de la sociedad, y por las herramientas conceptuales que brinda para su análisis. Como nuestro objeto de estudio son los discursos de Néstor Kirchner, a través de ellos se intentó observar esta lucha por el sistema de significaciones y por la constitución de un orden social hegemónico. Recordemos que para Laclau, la constitución del fenómeno populista no se da por los contenidos que se dicen, sino por la forma en la que éstos se articulan discursivamente. En este sentido, el populismo no es la característica de un gobierno sino un modo de construir lo político. En consecuencia, el “pueblo” es para Laclau la forma específica de constitución de una identidad populista. Por ello, nos centramos en su construcción discursiva.

La pregunta que guió el análisis fue quién es el “pueblo argentino”, a quién le habla Kirchner en sus discursos. Para realizar este estudio, primero contextualizamos su asunción: Kirchner gana las elecciones con el porcentaje más bajo de votos para presidente de la historia argentina. Esta baja popularidad y escaso apoyo, que en un principio se pensó como una debilidad, fue su primera fortaleza. La sociedad estaba descreída de todos los políticos, y si bien él era uno de ellos porque era gobernador de Santa Cruz desde 1991, la sociedad en su gran mayoría no lo veía como tal. Kirchner, así, pudo despegarse de todas aquellas políticas que llevaron a la crisis al país. La famosa frase *“venimos desde el sur del mundo”* que emite en su primer discurso como presidente, pretende manifestar su total ajenez respecto de las políticas neoliberales de años anteriores. Él representaba una nueva política. Como él mismo lo expresa, el pueblo eligió *“el avance decidido hacia lo nuevo, dar vuelta una página de la historia”*.

A través de un análisis retórico, pudimos observar que Kirchner no le habla al pueblo desde una exterioridad, sino que lo hace desde adentro mismo. En efecto, a partir de su discurso de asunción, Kirchner interpela al pueblo argentino desde la complicidad. Él es uno más de ellos. Esta estrategia del “nosotros inclusivo” fue característica también del gobierno de Perón. Este tipo de interlocución logró una complicidad tal que pudo distinguir ese “nosotros”, los trabajadores, de “ellos”, la oligarquía. Perón interpeló de distintas maneras al pueblo, pero el vocativo “compañeros” fue el más significativo. Vocativo que también utiliza Kirchner porque al apelar al “compañerismo”, está reivindicando todo lo que es ser “un compañero peronista”. Entonces no sólo habla con el

pueblo, lo hace con los “*hermanos y hermanas*”, con los “*compañeros y compañeras*”, les habla a los “*argentinos y argentinas*”.

Kirchner, en este punto, no sólo retoma el bastión peronista sino que también lo resignifica, diferenciándose de Perón. El General le hablaba al pueblo desde el lugar de trabajo reivindicando a los trabajadores. Kirchner, por su parte, los interpela desde “lo nacional”, desde el “ser argentino”. En todos sus discursos remarca que él, Kirchner, sufrió lo mismo que el pueblo, con la dictadura, con las políticas neoliberales, con la inequidad e impunidad en el que estaba sumergida la Argentina. Si él sufrió lo mismo que el pueblo, sabe lo que el pueblo necesita. Por eso afirmó: “*sabemos adónde vamos y sabemos adónde no queremos ir o volver*”. Pero al hablarle a ese pueblo desde lo nacional, está abarcando a todos, porque todos somos argentinos; tal identificación es más fácil, pero a su vez más difusa. En tal sentido, si Kirchner se presentó como alguien del pueblo, el definir qué somos es la cuestión, o mejor dicho, cómo construye Kirchner discursivamente el qué y cómo es el pueblo argentino.

Para identificar dicho grupo, nos centramos en las demandas populares que son las unidades de análisis constitutivas. Es decir, esta unidad de grupo es producto de una articulación equivalencial de demandas populares que hace posible el surgimiento del “pueblo” dentro de un sistema de significación. Pero, a su vez, necesita de una articulación diferencial, es decir, de una particular diferencia que posibilite que ese significante asuma la representación de una totalidad, dándole a ésta una identidad popular. En el análisis de los discursos de Kirchner observamos que las demandas populares que circularon fueron varias: justicia por los desaparecidos y por los crímenes realizados por la dictadura, justicia por la corrupción e impunidad que se vivió en la década de los ‘90, mayor equidad en la redistribución de la riqueza ante la desigualdad social, en donde un alto porcentaje de la sociedad estaba bajo la línea de la pobreza, mayor empleo ante la precarización laboral, etc. Todas estas demandas son diferentes pero, sin embargo, tienen algo en común, pudiéndoselas resumir en una sola gran demanda popular: la justicia. En un principio, Kirchner reúne al pueblo argentino bajo una misma consigna: devolverle a la Argentina la justicia perdida. Y es aquí donde vemos otra huella del peronismo en el discurso kirchnerista: la bandera de la justicia social. Si bien Kirchner hace referencia a ella en más de un discurso remitiéndose a las bases peronistas, él amplía su horizonte, llevando “su” justicia más allá de lo social.

En este punto se ve claramente el dilema en el que se debatió la sociedad ante el gobierno de Néstor Kirchner: somos justos o impunes. La construcción de la identidad popular, del “pueblo”, necesita una diferencia que los identifique como grupo que permita diferenciarlo de otro, antagónico, en este sentido, del sistema establecido. La consecuencia de ello es la división dicotómica de la sociedad en dos campos. A través de los discursos, Kirchner fue instalando esta división: los justos, el pueblo argentino, se diferencian de los que no lo son, los enemigos del pueblo argentino.

Para reforzar la escisión social, los discursos deben ir acompañados de cierta materialidad en donde la discursividad se apoye y se refuerce. En el presente trabajo, hemos podido constatar que el presidente apeló a las acciones que su gobierno realizó contra la impunidad, como fueron los juicios de lesa humanidad, las políticas sociales implementadas por su gobierno, el desendeudamiento con el FMI, entre otras. Su discurso polarizante plantea un antagonismo en el campo político, estableciendo una “frontera de exclusión” que deja afuera a los adversarios del gobierno, en realidad enemigos del pueblo, porque fueron sostenedores, impulsores y defensores de las políticas neoliberales: el FMI, los militares de la dictadura, la oligarquía, los grandes grupos económicos, etc.

Cuando se delimita la “frontera de exclusión”, es más fácil construir la identidad popular. La articulación equivalencial de demandas populares llenaron de significado al significante vacío pueblo en torno al binomio justicia/impunidad; Kirchner, desde un principio apela a la argentinidad como identificador-unificador. *Todos queremos justicia, pero lo principal es que somos nosotros, los argentinos, que queremos justicia*; ésta es una de “las verdades” que circuló implícitamente, e intentó instalarse a través de los discursos de Néstor Kirchner. Precisamente es en estos discursos donde se produce el acolchonamiento que fija el sentido del significante “pueblo”, generándose una operación equivalencial entre dos grandes significantes: el “ser argentino” con el “ser justos”. Pero esta operación no es fija ni definitiva, sino que lucha constantemente por su hegemonía. Es por ello que el gobierno de Kirchner presentó un modelo para restablecer “*una Patria para todos los argentinos y argentinas*”, modelo que beneficia a todo el pueblo, pues “somos nacionales y populares”. Un modelo en el cual todos nos sintamos incluidos e identificados. En fin, un modelo de proyecto Nacional y Popular.

Biglieri y Perelló observan además que *“el ‘pueblo argentino’ ha retornado a partir de la autorización de un líder, cuyo nombre ha venido a actuar de anclaje, es decir, de punto nodal que enlaza toda una serie de elementos diferenciales. Kirchner es el nombre de la unidad del ‘pueblo argentino’”* (Biglieri y Perelló, 2007:77). Si bien compartimos esta conjetura, este argumento tiene más solidez en los últimos tiempos del gobierno de Kirchner en donde su figura ha adquirido un lugar tal que las políticas de su gobierno lo trascienden, transformándose en un líder que hegemoniza el espectro social. Como sostiene Laclau, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder.

Afirmamos, finalmente, que un líder político se construye, y Kirchner, recostándose en Perón, llevó a cabo la misma exitosa construcción política popular. Ambos plantearon similares estrategias populistas; se trataba de una nueva etapa en la historia del país que tenía un carácter fundacional. A través de sus discursos, se demonizó un pasado, a la vez que se propuso un futuro honroso, dando nacimiento a una nueva historia y a una nueva Argentina. Tanto Perón como Kirchner fueron un punto de inflexión radical en la historia argentina, pudiendo, de esta manera, hegemonizar el campo de significaciones.

En este trabajo quisimos analizar estrategias políticas para construir un tipo de gobierno, en este caso populista. Si bien Kirchner reunía características tales como carisma y buena retórica, supo tomar la herencia histórica que había dejado Perón, empleando en su favor las mismas estrategias pero en otro contexto social. No fue nuestra intención analizar las medidas tomadas por su gobierno, sino enfatizar aquellos mecanismos que transforman las significaciones en “naturales y dadas *per se*”. Hay muchos aspectos que quedaron pendientes para entender por qué el gobierno de Néstor Kirchner dejó de ser meramente un gobierno para transformarse en algo más grande, un movimiento, el movimiento kirchnerista. En principio, nuestro análisis puede constituirse en punto de partida para seguir reflexionando sobre estos interrogantes: ¿Por qué Cristina Fernández alcanzó el 44,92%, muy lejos de Elisa Carrió que sólo obtuvo el 22% en las elecciones de 2007? ¿Por qué vuelve a ganar en su segundo mandato en el 2011 con el 53.96 % seguido por Binner con el 16.87%? ¿Por qué la discusión aún en la actualidad sigue girando en torno a una polaridad que divide a los argentinos “buenos y justos” de los “inescrupulosos y/o corruptos”. ¿Qué está en juego cuando hablamos del y por el pueblo argentino?

Bibliografía consultada

- Aboy Carles, G. (2004). "Repensando el populismo". *Revista Política y Gestión* N° 4, Buenos Aires.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2007). *En el nombre del pueblo*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- De Ípola, E. (1983). *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Ed. Folios.
- Galasso, N. (2011). *De Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.
- Laclau, E. (1978). *Política e ideología en la teoría marxista*. México: Siglo XXI.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1978). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (1995). "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?", en Laclau, E., *Emancipación y diferencia*. Barcelona: Ariel.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Molina, J. y Grosser, V. (2008). "La construcción del pueblo, según Laclau". *La lámpara de Diógenes, Revista de Filosofía* 16 y 17, pp 137-157.
- Pedrazzi, J. (2010). "Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner. La recuperación argentina luego de la crisis de 2001". *Revista de Ciencia Política* N° 11, Buenos Aires.
- Sigal, S. y Veron, E. (2004). *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Hispanoamérica.
- Slipak, D. (2007): "(Re)fundación, Estado y Nación: ecos del discurso peronista en el campo de la comunicación política post-crisis (2002-2004)". En *Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani*.
- Vergalito, E. (2007). "Devenires de la teoría del populismo: marxismo, postestructuralismo y pragmatismo en Ernesto Laclau". En Lertora Mendoza, C. (coord.) *Evolución de las ideas filosóficas: 1980-2005. XIII Jornadas de pensamiento filosófico argentino*, pp 36-46. Buenos Aires: FEPAI.
- Vilas, C. (2003). "¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del 'neopopulismo' latinoamericano". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 9, n° 3 (mayo-agosto), pp 13-36.
- Voloshinov, V. (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Primera Parte, Cap. 1 y 2; Segunda Parte, Cap. 1, 2 y 3. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Wisznicki, M. (2004). *El Peronismo y la crisis de hegemonía en la Argentina*. Tesina de grado inédita, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.

Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Zugarramurdi, M. (2007). *Significaciones del progresismo en Argentina*. Tesina de grado inédita, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.

Fuentes consultadas

Discursos de Néstor Kirchner (2003-2007). Disponibles en el sitio Web de Presidencia de La Nación, <http://www.presidencia.gov.ar>

Duhalde, M. (Ed.). (2011). *Cuadernos de la militancia* N° 2: Discursos del Presidente Néstor Kirchner 2003-2007(primer parte). Buenos Aires: Ediciones Punto Crítico.

Discursos de Perón citados en los textos de De Ípola, E. (1983) y de Sigal, S. y Veron, E. (2004).